

Capítulo 26 – La transición.

Introducción

Hay varios aspectos notables del Capítulo 26 para mencionar antes de comenzar. Primero, contiene dos secciones muy hermosas, "El lugar que el

pecado dejó vacante" y "Pues Ellos han llegado", cuya belleza es manifiesta

no solo en el idioma sino en su mensaje. Ya hemos observado que a medida

que continuamos hacia el magnífico cierre de nuestra sinfonía, la escritura

se vuelve cada vez más poética. De hecho, mucho de lo que leemos ahora

es Shakesperiano en su uso del pentámetro yámbico y el verso blanco (versión en inglés), dejándonos con una mezcla inspiradora de forma y contenido donde la belleza del lenguaje refleja el poder de la enseñanza.

Otra sección, "Las leyes de la curación", resume de manera única la teoría

de Un Curso de Milagros con Jesús diciéndonos, en efecto: "Antes de continuar, permíteme resumir todo lo que te he enseñado hasta ahora".

También encontramos una clara enunciación de la fórmula del Curso para la

salvación: ver el rostro de Cristo en nuestros hermanos y recordar a Dios.

Ver el rostro de Cristo, como hemos visto, es mirar la inocencia en otros en

lugar de la culpa que les hemos proyectado. Esto deshace el sistema de

pensamiento del ego completamente, permitiendo que el recuerdo de Dios

afllore en la conciencia. La fórmula está sublime-mente articulada en "Pues

Ellos han llegado".

Finalmente, lo que es inusual en este capítulo es que en cinco pasajes separados el Curso habla de sí mismo, lo que enseña y lo que no.

Comenzamos mirando estas declaraciones que resumen el propósito de Un

Curso de Milagros en sus propias palabras.

Un Curso de Milagros hablando sobre sí mismo.

Comenzamos con la Unidad del Cielo:

(III.1:13-14) Sin embargo, esta inmensidad [la unidad de nuestra realidad] se encuentra más allá del alcance de este plan de estudios.

No

es necesario, pues, que nos detengamos en algo que no puede ser captado de inmediato.

Jesús nos está haciendo saber una vez más que su curso no se trata sobre el

amor. Como afirma en la introducción al texto, Un Curso de Milagros no pretende enseñar el significado del amor (la realidad y la unidad) pues eso

está más allá de lo que se puede enseñar (T-in.1:6-7). Pretende, no obstante,

enseñarnos a despejar los obstáculos que impiden experimentar la presencia

del amor que tenemos y somos. Esto entonces, se convierte en el propósito

del Curso, el cual se logra a través de nuestro aprender a perdonar las relaciones especiales que constituyen estos obstáculos.

(III.5) La salvación se detiene justo antes del umbral del Cielo, pues sólo la percepción necesita salvación. El Cielo jamás se perdió, y, por lo tanto, no se puede salvar. Mas ¿quién puede elegir entre su deseo del Cielo y su deseo del infierno a menos que reconozca que no son lo mismo? Reconocer la diferencia es la meta de aprendizaje que este curso se ha propuesto. No irá más allá de este objetivo. Su único propósito es enseñar qué es lo mismo y qué es diferente, sentando así las bases sobre las que hacer la única elección que se puede hacer. La anterior es otra declaración de la Expiación. No ha ocurrido nada excepto que pensamos que algo ha ocurrido. El Cielo no se ha perdido, sino

que simplemente nos hemos ido a dormir, y un velo de amnesia ha caído en

nuestras mentes para ocultar la verdad del Pensamiento sanador del Espíritu

Santo. La salvación ciertamente no es necesaria para Cristo, Quien permanece fuera de los sueños de separación del ego, sino sólo para que la

mente dividida cambie su decisión de ser diferente de su Creador.

A menudo hemos visto el tema del discernimiento, el cual se articulará a lo largo de este capítulo, así como de los que vendrán. Podemos caracterizar el propósito del Curso como ayudarnos a discernir la diferencia entre el sistema de pensamiento de Dios, reflejado en la Expiación de la mentalidad-correcta, y el del ego. El último, no hace falta decirlo, nos hace confundir los dos. Cuando el ego habla de Dios, como lo hacen las religiones formales, en realidad está hablando del infierno porque se refiere a una deidad dualista que está fuera de la Unidad perfecta. En otras palabras, este Dios es el estado proyectado de la mente dividida: la condición de separación donde el Creador es simplemente una imagen del sistema de pensamiento del ego. Es por eso que Un Curso de Milagros nos enseña a diferenciar entre el Cielo y el ego. Aprendemos que nosotros, los separados Hijos de Dios, somos iguales – como Cristo y en el sueño – al haber una Mente Uno y una mente dividida. Las aparentes diferencias dentro del sueño no son más que la única ilusión de separación. Nuestro reconocimiento de la clara distinción entre verdad e ilusión, unidad y separación, igualdad y diferencias, es la salvación.

(V.1:1-4) Un pequeño obstáculo [el título de esta sección] les puede parecer muy grande a los que aún no comprenden que los milagros son todos el mismo milagro. Mas enseñar esto es la finalidad de este curso. Ése es su único propósito, pues es lo único que hay que aprender. Y lo puedes aprender de muchas maneras.

Este es nuestro muy familiar primer principio de los milagros: no hay grados de dificultad entre ellos. Los milagros son todos iguales, porque la corrección – la naturaleza del milagro – es la misma: un problema (la creencia de que las mentiras del ego son verdaderas) y una solución (la verdad de la Expiación del Espíritu Santo). Un Curso de Milagros nos enseña qué es lo mismo y qué es diferente. Si bien las ilusiones parecen ser

distintas de entre sí, son idénticas en contenido y, por lo tanto, diferentes de la verdad. En consecuencia, la corrección es siempre la misma. Cuando el milagro deshace nuestras ilusiones al exponer sus mentiras, recordamos la unidad del Hijo de Dios en el Cielo, la cual es inherentemente diferente de la del hijo del ego en el infierno. Vemos de nuevo cómo el primer principio de los milagros recorre nuestra sinfonía como un leitmotiv, impregnando cada movimiento. Si hubiéramos entendido realmente este principio al comienzo, no habríamos necesitado el Curso en absoluto, ya que nos dice que la Expiación es verdadera, y que las formas especiales tomadas por la nada del ego siguen siendo nada. Nuestra loca creencia de lo contrario (que la nada es realmente algo) requiere una simple corrección: la enseñanza del milagro de que todas las relaciones especiales son iguales, solo que parecen manifestar las diferencias que son la base del ego. Aprendemos la lección a través de cada relación y situación hasta que seamos capaces de generalizarla a todas ellas, reconociendo que todo aquí es igualmente ilusorio, ya que la forma simboliza el único error de la mente al elegir el ego en lugar del Espíritu Santo. (VII.1:1-2) Éste es un curso de milagros. Como tal, las leyes de la curación deben entenderse antes de que se pueda alcanzar el propósito del curso. Dado el propósito del Curso de enseñar que todos los problemas y milagros son iguales, sigue con que toda curación también debe ser igual. No solo no

hay grados de dificultad en los milagros, tampoco hay grados de curación porque cada problema o síntoma percibido proviene de la creencia de la mente en la separación, la cual es corregida por el único milagro. Esto debe aceptarse antes que el sistema de pensamiento de especialismo y diferencias del ego se pueda curar y deshacer.

(V.10:1-3) ¿Cómo iba a permitir Dios que Su Hijo se extraviase por un camino que es sólo la memoria de un instante que hace mucho que pasó? Este curso te enseña sólo lo que es ahora. Un terrible instante de

un pasado lejano que ha sido completamente corregido no es motivo de preocupación ni tiene valor alguno.

Esto se refiere al instante santo, un tema central en el sistema de pensamiento del Espíritu Santo. En él reconocemos que no hay pasado: el

pecado nunca existió y ni existe ahora. ¿Cómo podría entonces haber un

miedo futuro, el cual sería simplemente la proyección de un pasado pecaminoso, el cual creemos en el presente culpable, que merece castigo?

Jesús nos está enseñando que el ego es una ilusión, y, por eso, nuevamente,

no hay grados de dificultad en milagros. No hay nada que corregir excepto

la única elección equivocada de la mente, la cual se deshace muy fácilmente. La curación es la feliz aceptación de ese feliz hecho.

El principio de Expiación.

Continuamos nuestro movimiento sinfónico con la simple declaración del

principio de Expiación de que el ego y su sistema de pensamiento de separación son ilusorios. Esta es la base para que no existan grados de dificultad en los milagros. El único problema que necesita corrección es la

creencia de que hay un problema que necesita corrección. No importa qué

forma parezcan tomar los problemas, o cuán variada sea nuestra experiencia de disgustos diferentes, todos son iguales. Cada uno expresa la necesidad de demostrar que el sistema de pensamiento del ego de un yo individual (la persona con quien nos identificamos) es real, y que Cristo (nuestra verdadera Identidad como espíritu) es una ilusión. Es nuestra necesidad de defender este yo especial la que dio origen al universo físico, junto con los placeres y dolores corporales que definen nuestra existencia física. (I.6:1-2) Puedes perder de vista la unicidad, pero no puedes sacrificar su realidad. Tampoco puedes perder aquello que quieres sacrificar ni impedir que el Espíritu Santo lleve a cabo Su misión de mostrarte que la unicidad no se ha perdido. El ego nos dice que debido a la diminuta y alocada idea de que podríamos estar separados de nuestra Fuente, hemos perdido el amor del Cielo y hemos roto la unidad del Padre y el Hijo. La Expiación dice que, aunque podemos perder de vista esta Unidad y olvidar que alguna vez existió, no se ha perdido. Su realidad siempre está con nosotros a través de la Presencia del Espíritu Santo, y es este pensamiento el que el ego ataca y contra el que se defiende a través de sus relaciones especiales, tratando de probar que la Totalidad de Cristo es irrecuperable para siempre. (III.1:1-2) La complejidad no forma parte de Dios. ¿Cómo podría formar parte de Él cuando Él sólo conoce lo que es uno? Podemos ver en este párrafo la frecuencia con la que aparecen las palabras uno o unidad, el principio característico del Cielo. El ego teme que elijamos al Maestro de la unidad, ya que es una elección en contra de su fragmentación – nuestra identidad separada y especial – y en favor del recuerdo de Cristo que marca el fin del ego. Éste intenta desesperadamente

mostrar cuán diferentes somos unos de otros, y fabrica un mundo complejo para ser testigo de este "hecho". Sin embargo, el hecho verdadero es que no hay diferencias en la perfecta Unidad del Cielo, un estado totalmente ajeno a nuestros locos sueños de culpa y odio.

(III.1:3) Él solamente conoce una sola creación, una sola realidad, una sola verdad y un solo Hijo.

La implicación clara es que Dios no conoce nada más que uno solo, no como la separación y las diferencias. ¿Podría la Perfección Misma saber acerca de un mundo imperfecto de individuos, y mucho menos saber de un sistema de pensamiento loco que lo fabricó? Él sólo conoce Su Ser de perfecta Unicidad – "una sola creación, una sola realidad, una sola verdad y un solo Hijo".

(III.1:4) Nada puede estar en conflicto con lo que es uno solo. Esto es lo que lleva al ego al terror y a nosotros también, ya que creemos en él. El ego en sí es un pensamiento de conflicto con lo que es uno solo; un campo de batalla que es el lugar de nacimiento del pecado y la muerte. De hecho, el especialismo está en un combate mortal con Dios, en continuo conflicto con Su Unidad. No hace falta decirlo, esto es puramente unilateral porque Dios no sabe nada de esta locura, una verdad que es el origen de todo temor: si Dios no puede reconocer el ego, no puede reconocer el yo separado que es el héroe de nuestros sueños de especialismo.

Después de todo, lo que no es real no existe, y el ego se enfrenta a este hecho sin otra cosa que un sistema de pensamiento de tal complejidad que oculta la simple verdad del ser:

(III.1:5-6) ¿Cómo iba a poder haber complejidad en Él? ¿Entre qué

habría que decidir?

Jesús nos ha dicho que “la complejidad forma parte del ámbito del ego” (T15.IV.6:2). Vivimos en un mundo complejo que es la proyección de un

sistema de pensamiento complejo, y es esencial que reconozcamos lo complicadas que hemos hecho nuestras vidas inventando problemas diseñados para nublar la conciencia de la simple verdad de Quiénes somos.

De hecho, el sistema de pensamiento de Dios es la simplicidad misma: Él es

Uno, y no hay nada más que Él y Su creación; por lo tanto, no hay nada entre lo que elegir.

(III.1:7) Pues el conflicto es lo que da lugar a las alternativas.

¿Elegimos al ego o a Dios, la crucifixión o la resurrección, el ataque o el perdón? Estas son elecciones significativas sólo dentro del sueño de conflicto, porque no tienen nada que ver con la realidad en la que el conflicto y la elección no existen.

(III.1:8-9) La verdad es simple: es una sola y no tiene opuestos. ¿Y cómo iba a poder presentarse la discordia ante su simple presencia y dar lugar a la complejidad allí donde únicamente existe la unicidad? Ésta es la Expiación, mediante la cual el Espíritu Santo nos dice: “¿Por qué

estás enojado? No pasó nada. No estás en una batalla con Dios y Él no está

en guerra contigo". En esta declaración, la simplicidad de la salvación (T31.I), nuestro Ser continúa inmutable a pesar de la guerra contra la unidad

en la que la complejidad busca el triunfo sobre la simple verdad de Dios.

(III.1:10-12) La verdad no elige, pues no existen alternativas entre las que elegir. Y sólo si las hubiera, podría ser la elección un paso necesario

en el avance hacia la unicidad. En lo que es todo no hay cabida para nada más.

Esto es lo que, en última instancia, hace que vivir en el mundo sea tan fácil.

Cuando nos damos cuenta de que no hay nada aquí, entonces también nos

damos cuenta de que no hay nada entre lo que elegir. Cuando tomamos la

decisión final de elegir el Espíritu Santo en lugar del ego, la vida se vuelve increíblemente simple. Nos habremos convertido en el reflejo del Amor de Dios, donde no hay nada entre lo que elegir. Reconocemos que ninguna elección aquí es significativa, excepto que uno que no está en el mundo en absoluto: la decisión de la mente en favor de la Expiación que se refleja en la declaración de que Dios es todo – integridad y totalidad. Como nada puede estar fuera de Su Unidad, el mundo es un testigo de un estado mental que no existe.

(VII.11:1-5) ¿Qué dispone la Voluntad de Dios? Dispone que Su Hijo lo tenga todo. Y Él garantizó esto cuando lo creó para que fuese todo. Es imposible perder nada, si lo que tienes es lo que eres. Éste es el milagro

mediante el cual la creación se convirtió en tu función, la cual compartes con Dios.

Piensa en “Las lecciones del Espíritu Santo” en el Capítulo 6 que equiparaba tener y ser (T-6.V-B): tenemos el Amor de Dios porque somos el

Amor de Dios. Nuestra función terrenal del perdón, equiparada con el milagro, nos recuerda nuestra función en el Cielo, la cual es crear tal como

lo hace nuestro Creador.

(VII.11:6) Esto no se entiende estando separado de Él, y, por lo tanto, no tiene sentido en este mundo.

La creación es el acto del espíritu que se extiende, sin abandonar su Fuente.

Es una forma de expresar la naturaleza no-dualista del amor. Debido a que

la creación no ocurre en el tiempo o en el espacio, no se puede conocer en

un mundo en el que no hay referencia ni contexto para la no-dualidad.

(VII.11:7-9) Aquí el Hijo de Dios no pide mucho, sino demasiado poco, pues está dispuesto a sacrificar la identidad que comparte con todo, a cambio de su propio miserable tesoro. Mas no puede hacer esto sin experimentar una sensación de desolación, de pérdida y de soledad.

Al pedir las pequeñas migajas de especialismo que necesitamos para satisfacernos, canibalizando a otros para sostener los constantes antojos del ego, pedimos muy poco. El especialismo, junto con todo en el mundo, es nada. Desde el principio y continuamente a lo largo del tiempo, la Voz de Dios nos ha dicho que estamos sacrificando todo lo que somos para abrazar un yo de nada, literalmente. Este es el yo especial que defendemos fabricando un cuerpo y un mundo en el que escondernos, y nuestro sentido de alienación y depresión ha tenido su origen en el sacrificio de nuestra Identidad, al abrazar en su lugar al falso yo que literalmente defendemos a muerte. Locamente, decidimos firmemente no prestar atención a la advertencia del Espíritu Santo porque adoramos los regalos especiales que son nuestro tesoro personal.

(VII.11:10-14) Éste es el tesoro tras el que ha ido en pos. Y sólo puede tener miedo de ello. ¿Es acaso el miedo un tesoro? ¿Puede ser la incertidumbre tu deseo? ¿O es simplemente que te has equivocado con respecto a lo que es tu voluntad y a lo que realmente eres?

Jesús nos ayuda a comprender cómo el buscar y encontrar el tesoro de un yo especial es el lugar de nacimiento del temor. El ego nos dijo que adquirimos este yo al destruir pecaminosamente a Dios y al crucificar a Su Hijo, colocándonos a nosotros mismos en el trono de la creación. El miedo es la consecuencia inevitable de creer en el pecado, porque exige nuestro castigo. Sin embargo, a pesar de la creencia en el aparente poder de este sistema de pensamiento, sigue siendo un simple error acerca de quiénes somos, una diminuta y alocada idea que se corrige fácilmente con un simple cambio de mente.

A continuación, se cita nuestro tema muy discutido de que las ideas que no abandonan su fuente. Somos una Idea en la Mente de Dios, nuestra Fuente; el Efecto de Su Causa, y nunca hemos abandonado Su santa Voluntad: (VII.13:1-2) Causa y efecto no son dos cosas separadas, sino una sola. Dios dispone que aprendas lo que siempre ha sido verdad: que Él te creó como parte de Sí Mismo y que esto no puede sino seguir siendo verdad porque las ideas no abandonan su fuente.

Esta es la Expiación, la respuesta a nuestra elección por el ego, diciendo:

"¿De qué se trata toda esta separación? Las ideas no abandonan su fuente.

No has abandonado tu Fuente; la diminuta y alocada idea de la separación nunca ocurrió". Sin embargo, estamos empeñados (¡literalmente!) en probar que sí, y el yo separado que se aloja en un cuerpo parece ser la prueba de

que, de hecho, las ideas sí han abandonado su fuente convirtiendo al Espíritu Santo en un engañador y al ego en Dios.

(VII.13:3-6) Ésta es la ley de la creación: que cada idea que la mente conciba sólo sirva para aumentar su abundancia y nunca para disminuirla. Esto es tan cierto con respecto a lo que se desea vanamente

como con respecto a lo que la voluntad dispone verdaderamente, ya que la mente puede desear ser engañada, pero no puede hacer de sí misma lo que no es. Y creer que las ideas pueden abandonar su fuente es tratar inútilmente de hacer que las ilusiones sean verdad. Pues nunca será posible engañar al Hijo de Dios.

En el momento original en que elegimos la ilusión en lugar de la verdad, el

Espíritu Santo nos dijo que, aunque podamos creer lo que deseemos, y engañarnos a nosotros mismos haciéndonos creer que hemos logrado lo

imposible, no podemos hacer que el engaño sea real o ir realmente en contra de la Voluntad de Dios. Esta "simple declaración de un simple hecho" (ver más adelante T-26.III.4:5) es la fuente de nuestro rechazo a

Jesús, sin mencionar a su curso. Esta verdad niega nuestra identidad

especial, una verdad que nos negamos a aceptar porque significa el fin de nuestro yo individual.

También vemos aquí el regreso del tema del deseo del ego y la voluntad del espíritu. Pero solo uno es verdad, y con el cual elegimos identificarnos, ya

sea con lo que deseamos o con lo que es nuestra voluntad, se convierte en realidad tanto en la mente como en el mundo que percibimos: la proyección

da lugar a la percepción. Sin embargo, lo que pensamos que está afuera

nunca ha abandonado la mente (las ideas no abandonan su fuente), porque

la separación y la Expiación permanecen dentro, esperando nuestra decisión.

(VII.15:6) Si tú crees que lo que es lo mismo es diferente, no haces sino engañarte a ti mismo.

Somos iguales a Dios – un Ser, un Amor, una Voluntad – pero insistimos en

que somos diferentes al afirmar que los efectos sí abandonan su causa. El

universo de los cuerpos es un himno a la aparente realidad de las diferencias. Alabamos la complejidad del mundo y adoramos sus diferenciaciones: "¡Qué maravilloso es ser único!" Esto refleja el grito de

triunfo original del ego: "¡Por fin existo, soy diferente de Dios y estoy fuera

de Su Cielo!" Pero en toda esta locura, el Espíritu Santo sacude suavemente

Su cabeza, diciéndole simplemente a nuestras mentes engañadas:

"Hermanos míos, lo que creen no es verdad".

(VII.15:7-8) Lo que Dios considera uno solo, será eternamente uno solo, y jamás estará dividido. Su Reino está unido: así fue creado y así será para siempre.

Como veremos pronto, "no se perdió ni una sola nota del himno Celestial"

(T-26.V.5:4), la realidad no ha cambiado. El ego, sin embargo, quiere

hacernos creer que la unidad del Cielo ha sido interrumpida por el cambio

en el Hijo de Dios ahora separado.

(V.6:6-10) ¿Y quién puede encontrarse en una ribera lejana, y soñar que esté al otro lado del océano en un lugar y en un tiempo que hace mucho que desaparecieron? ¿Cómo iba a poder impedir este sueño que

él esté donde realmente está? Pues donde él está es un hecho, y sus sueños, de la clase que sean, no pueden cambiarlo. Con todo, puede imaginarse que está en otro lugar y en otro tiempo. Lo que a lo sumo puede hacer es engañarse a sí mismo creyendo que eso es verdad y convertirlo de meras imaginaciones en creencias y en locura, completamente convencido de que prefiere estar donde no está.

Nos hemos quedado dormidos, soñando que estamos en el infierno del ego

y no en el Cielo de Dios. Penetrando nuestras defensas, sin embargo, Jesús

nos habla suavemente: "Hijo mío, eres libre de creer lo que elijas, pero esa

libertad no puede hacer real la ilusión. Sueñas que estás en una costa lejana

en el mundo de los cuerpos, pero eso no significa que estés allí. Tus pensamientos febriles y tus deseos frenéticos no tienen efecto sobre Donde

realmente estás. Toma mi mano y vuelve a casa". Y a su amorosa y consoladora voz, le respondemos agradecidos "lo haré".

Lo que sigue es la declaración final de nuestro movimiento sinfónico del

principio de la Expiación. Es un intento de Jesús de advertirnos contra nuestra inminente elección por el ego, su continua precaución de que elegir

en contra de nuestro Amigo tendrá consecuencias infelices; no en la realidad, sino en nuestras experiencias dentro del sueño sin amigos de tiempo y espacio:

(VI.2) No vivas tu mísera vida en soledad, con una ilusión como tu único amigo. Esa no es una amistad digna del Hijo de Dios ni una que pueda satisfacerle. Dios le ha dado, por lo tanto, un Amigo mejor, Uno en Quien reside todo el poder de la tierra y del Cielo. Esa ilusión que tú consideras tu amigo te oculta la gracia y majestad de Aquel, e impide que le des la bienvenida con los brazos abiertos a Su amistad y a Su

perdón. Aparte de Él no tienes amigos. No busques otro amigo para que ocupe Su lugar. No hay ningún otro. Lo que Dios dispuso no tiene sustituto, pues, ¿qué ilusión podría reemplazar a la verdad?

Cuando elegimos el ego, oscurecemos la majestad llena de gracia del Espíritu Santo y nos impedimos de abrazar Su amistad perdonadora. La elección por el ego se refleja continuamente en nuestro elegir amigos especiales: las necesidades especiales que exigen adicciones a personas y

objetos especiales para ser anhelados, codiciados y apreciados. Esto nos

deja verdaderamente sin amigos porque el especialismo excluye a nuestro

verdadero Amigo.

(VI.3) El que mora con sombras está ciertamente solo, y la soledad no es la Voluntad de Dios. ¿Permitirías que una sombra usurpase el trono que Dios dispuso fuese para tu Amigo, si te dices cuenta de que si ese

trono está vacío el tuyo estará vacío y desocupado? No hagas de una ilusión tu amigo, pues si lo haces, ocupará el lugar de Aquel que Dios te

dio para que fuese tu Amigo. Y Él es el único Amigo que en realidad tienes. Él te trae regalos que no son de este mundo, y sólo Aquel a Quien se le confiaron puede asegurarse de que tú los recibas. Él los depositará ante tu trono, cuando hagas sitio para Él en el Suyo.

La experiencia de la soledad se origina en la creencia de que estamos separados de nuestra Fuente. La soledad no existe en el Cielo, pero existe la

absoluta soledad de la auto-creación. Un Curso de Milagros nos ayuda a

devolverle a Dios Su lugar en el trono de la creación y a restaurar al Espíritu Santo en el lugar que le corresponde en la mente como nuestro

Amigo. La Suya es la única Presencia que necesitamos en el sueño, porque

solo Él puede guiarnos al hogar enseñándonos a elegir de nuevo. Esta es la

razón por la que Jesús nos suplica que le pidamos al Espíritu Santo que sea

nuestro Maestro, incluso mientras buscamos alejarlo a Él y a Su regalo del

perdón al traerlo al sueño, convirtiéndolo en otro ídolo para adorar, como si
fuese un regalo del especialismo del ego.
Con el fin de contrarrestar la capacidad de la mente para elegir a este Amigo y Su Expiación, el ego se embarca en la estrategia que hemos visto a lo largo de nuestra sinfonía: huir de la mente, fabricar un mundo y un cuerpo donde pensamos que podemos vivir en secreto de Dios, y luego usar otros cuerpos como chivos expiatorios en el que colocamos nuestra culpa para que se vea en ellos y no en nosotros. Esta es nuestra transición del miedo del ego y su estrategia de defensa a la Expiación.
El miedo del ego a la Expiación.
El arma principal del ego en su guerra contra nuestro poder de decisión es su mito del pecado, la culpa y el miedo, que nos convence de que la mente es un lugar terrible para estar, y que permanecer allí significa nuestra segura destrucción. Creyendo las mentiras del ego, elegimos voluntariamente abandonar la mente, proyectando nuestro pecado y culpa en el mundo de los cuerpos y olvidando que incluso tenemos una mente, el objetivo de la estrategia del ego. Esto nos impide abandonar al ego como nuestro amigo y aceptar al Espíritu Santo, Quien nos ayudaría a abandonar el sueño cambiando nuestras mentes, al decidir en contra del sistema de pensamiento de especialismo del ego. Comenzamos con la creencia en el pecado: (VII.12:2-3) El pecado es la creencia de que el ataque se puede proyectar fuera de la mente en la que se originó la creencia. Aquí la firme convicción de que las ideas pueden abandonar su fuente se vuelve real y significativa.
El primer ataque ocurrió en nuestras mentes, donde creemos que atacamos a Dios. El ego etiqueta esto como pecado, el cual proyectamos y percibimos

en los demás y no en nosotros mismos. Esto conduce a “la firme convicción de que las ideas pueden abandonar su fuente”, hecha realidad por la creencia de que nosotros, el Hijo de Dios, hemos abandonado nuestra Fuente. El ego hace que este pensamiento mágico sea testigo de la separación, usándolo para afirmar que la idea del pecado puede abandonar su fuente en la mente y descansar en otra persona.

(VII.12:4-5) Y de este error surge el mundo del pecado y del sacrificio. Este mundo es un intento de probar tu inocencia y, al mismo tiempo, de atribuirle valor al ataque.

Este, entonces, es el propósito del mundo: retener nuestra identidad separada y pecaminosa, pero dando el pecado a los demás. Implícito en esto se encuentra la idea del ego de uno u otro, ellos tienen el pecado y nosotros estamos libres de pecado. El mundo, por lo tanto, afirma nuestra inocencia haciendo que otros sacrifiquen la suya, el ataque que recrea el ataque original cuando creímos que podíamos privar a Dios de su Inocencia y hacerla nuestra.

(VII.12:6-8) Su fallo estriba en que sigues sintiéndote culpable, aunque no entiendes por qué. Los efectos se ven como algo aparte de su fuente, y no parece que puedas controlarlos o impedir que se produzcan. Y lo que de esta manera se mantiene aparte jamás se puede unir.

En verdad, la estrategia del ego no funciona, pero no sabemos por qué. La culpa permanece en la mente y continuamente genera tristeza y dolor, pero nuestro estado sin mente nos impide reconocer su origen.

Referenciándonos en el gráfico (ver Apéndice), la parte inferior es el mundo de los cuerpos, el estado de la ausencia de la mente, adonde el ego quiere que dirijamos nuestra atención. Experimentamos los efectos de la decisión de la mente por la culpa, pero sin conocer su causa, y así, nunca podremos deshacerla.

(VII.8:7-8) Los pecados son creencias que tú interpones entre tu

hermano y tú. Los pecados hacen que estés limitado al tiempo y al espacio, y te conceden un pequeño lugar a ti y otro a él. Una vez que proyectamos la culpa de nuestras mentes, los demás se vuelven diferentes de nosotros: ellos tienen el pecado y nosotros no. Al hacernos cuerpos diferentes, el ego abre una brecha entre nosotros y nuestros hermanos. Este espacio del pecado, el cual secretamente creemos que es nuestro, solidifica la creencia de la mente en la brecha original entre un Dios iracundo y Su Hijo culpable. (VII.8:9-10) En tu percepción, esta separación está simbolizada por el cuerpo, que claramente está separado y es algo aparte. Lo que este símbolo representa, no obstante, es tu deseo de estar aparte y separado. Al ver a los demás como separados, también insistimos en que somos diferentes. Esto refleja el deseo secreto de la mente de que estemos separados y de que seamos diferentes de Dios, el cual es la fuente de nuestra creencia en el pecado. El ego nos dice que podemos separar el pecado de nuestra identidad individual y dárselo a los demás – las ideas sí abandonan su fuente – en paralelo con la diminuta y alocada idea de que el Hijo de Dios ha abandonado su Fuente Celestial. El mundo, nuestro nacimiento como cuerpos, y nuestra propia existencia, son todos intentos de probar que la separación es real, el pecado especial del cual otra persona es responsable y será castigada en lugar nuestro. Pasamos ahora a la última sección de este capítulo, "El fin de la injusticia". Esta es una continuación de lo que leímos en el Capítulo 25 sobre la injusticia, el término del Curso que describe la visión que tiene el ego del mundo como injusto, un mundo en el que la gente malvada y pecadora es perversa y cruel con los demás. Esta injusticia debe luego ser llevada ante la

justicia del ego, en la que insistimos para que podamos evitar los justos y punitivos desiertos de nuestra pecaminosidad.

(X.1:2-4) ... la distinción que todavía haces con respecto a cuando está justificado atacar y cuando es injusto y no se debe permitir. Cuando percibes un ataque como injusto, crees que reaccionar con ira está justificado. Y así, ves lo que es lo mismo como si fuese diferente. Tener una visión diferencial del ataque significa que puedo estar justificado en atacarte, porque lo hago en defensa propia. Sin embargo, tu ataque contra mí es injustificado debido a mi naciente inocencia. Todo esto, por supuesto, solo tiene que ver con mis percepciones, no necesariamente con tu comportamiento. Es mi necesidad de percibirte como agresor – para que mi culpa pueda descansar sobre ti – lo que es el verdadero problema. Cada gobierno que lanza un ataque lo hace bajo la apariencia de auto-defensa, la cual sanciona su agresión, pero a nadie más. Esta es otra forma de delinear las claras diferencias entre el pecado y la inocencia que se establecen para encubrir nuestra identidad inherente como mentes.

Como vimos anteriormente, el propósito de Un Curso de Milagros es ayudarnos a distinguir lo que es igual de lo que es diferente. Yuxtapuesto con el del Espíritu Santo, el sistema de pensamiento del ego es demostrablemente diferente. Pero todas las cosas dentro del sistema en sí (el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico), y el mundo de los cuerpos que surgieron de él, son los mismos porque tienen el mismo propósito. Nos diferenciamos en el nivel de la forma, pero el contenido es uno porque compartimos el objetivo común de preservar nuestras identidades separadas a expensas de otro, buscando continuamente culpar a otra persona por

nuestro pecado de mentalidad-errada. Nuestras mentes correctas también

son iguales, porque comparten el único propósito del perdón.

(X.1:5-11) La confusión no es parcial. Si se presenta, es total. Y su presencia, en la forma que sea, ocultará la Presencia de Ellos, pues a Ellos o se los conoce claramente o no se les conoce en absoluto. Una percepción confusa obstruye el conocimiento. Y no es cuestión de cuán grande es la confusión o de cuánto interfiere. Su mera presencia impide

la de Ellos y los mantiene afuera donde no se les puede conocer.

La confusión entre verdad e ilusión nos lleva a no reconocer que no hay

jerarquías dentro de las ilusiones. Al ser nada, las ilusiones son todas iguales; o existen o no existen. Este es un curso en todo-o-nada. Creer en

una ilusión niega la naturaleza absoluta de la verdad. La separación y la

unidad son estados mutuamente excluyentes, como lo son el ego y Dios.

Aceptar la verdad de uno niega la realidad del otro. Este importante punto

continúa:

(X.2:1-5) ¿Qué puede significar el hecho de que percibes algunas formas de ataque como si fuesen injusticias contra ti? Significa que tiene que haber otras que tú consideras justas. Pues de otro modo, ¿cómo se podrían juzgar algunas como injustas? Por lo tanto, a algunas se les atribuye significado y se perciben como sensatas. Y sólo otras se consideran insensatas.

Lo que es verdaderamente justo refleja el amor todo-inclusivo del Cielo en

el sentido de que no hay excepciones a nuestro perdón. Nadie puede jamás

tratarnos injustamente, ni tampoco podemos ser tratados con justicia.

¿Cómo podríamos serlo ya que nadie está fuera de nuestras mentes para

tratarnos así? Todo lo que juzgamos es una proyección del juicio de nosotros mismos: ¿somos Hijos del Amor o hijos de la culpa? Esto significa

que solo nosotros podemos ser injustos con nosotros mismos

(eligiendo el

ego) o justos con nosotros mismos (eligiendo al Espíritu Santo). Ese pensamiento solo tiene significado dentro del mundo sin significado del ego. Jesús continúa con la "visión diferencial del ego de cuándo se justifica

el ataque" – mi ataque está justificado, pero no el tuyo:

(X.2:6-7) Y esto niega el hecho de que todas carecen de sentido, de que

están desprovistas por igual de causa o consecuencias y de que no pueden tener efectos de ninguna clase. Su Presencia se nubla con cualquier velo que se interponga entre Su radiante inocencia y tu conciencia de que dicha inocencia es la tuya propia y de que le pertenece por igual a toda cosa viviente junto contigo

Los velos del sistema de pensamiento del ego y su mundo oscurecen la Presencia de Dios y Cristo en nuestras mentes correctas. Los ataques del

ego pueden tener efectos manifiestos dentro del sueño, pero no pueden

afectar nuestra realidad como espíritu. Al final, estos ataques no podrán

oscurecer el poder de la mente para elegir Su Presencia liberando al ego y

eligiendo a Jesús como nuestro amigo. De esta manera recordamos por todos los Hijos de Dios que nuestra Identidad es Cristo, Quien nunca abandonó a Su Creador y Fuente.

(X.2:8-10) Dios no pone límites. Y lo que tiene límites no puede ser el Cielo. Por lo tanto, tiene que ser el infierno.

Sabemos que este mundo es el infierno porque todo aquí es limitado, en

contraste con lo ilimitado del Cielo.

(X.3:1) La injusticia y el ataque son el mismo error, y están tan estrechamente vinculados que donde uno se percibe el otro se ve también.

Debo verte comportándote injustamente porque quiero verte como el pecador. Esto hace que mi contra-ataque en defensa propia sea justo, detrás

del cual está el legítimo ataque de Dios contra ti, y de esa manera yo me

escaparé de Su castigo. Para que este loco plan de engañar a Dios funcione,

necesito cuerpos pecaminosos. Es por eso que fabricamos un mundo que proporciona una abundancia de malhechores, a cuyas cabezas culpables apuntamos un dedo acusador que enfoca la venganza de Dios en el lugar correcto: ellos. ¿De qué otra manera se explicaría la plétora de pasajes sobre la ira de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento? Necesitamos enemigos, herejes y pecadores – una multitud de individuos y grupos – a quienes el Creador pueda destruir. Claramente, entonces, otros son injustos con nosotros y nuestra aparente justificación para contra-atacar son el mismo error.

(X.3:2-3) Tú no puedes ser tratado injustamente. La creencia de que puedes serlo es sólo otra forma de la idea de que es otro, y no tú, quien te está privando de algo.

Lo que se omite aquí es que podemos ser tratados injustamente, pero solo

por nosotros mismos cuando elegimos la injusticia de creer que estamos

separados de nuestra Fuente. Esa es la injusticia suprema, no lo que otros

nos han hecho. Si carecemos de la paz de Dios, si no sentimos Su Amor dentro de nosotros, no es debido a que el mundo nos priva del amor mediante el abuso, el ataque o la traición, sino debido a nuestras autoacusaciones (culpa) por traicionar el Amor del Padre.

(X.3:4-5) La proyección de la causa del sacrificio es la raíz de todo lo que percibes como injusto y no como tu justo merecido. Sin embargo, eres tú quien se exige esto a sí mismo, cometiendo una profunda injusticia contra el Hijo de Dios.

La causa del sacrificio – perder nuestra conciencia de la Unidad de Cristo –

es nuestro propio tomador de decisiones, nadie más. A pesar de nuestras

proyecciones mágicas, solo nosotros podemos ser injustos con nosotros

mismos porque la mente lo es todo. Esto se desarrolla en una de las declaraciones más conocidas de Un Curso de Milagros:

(X.4:1-3) Cuídate de la tentación de percibirte a ti mismo como que se te está tratando injustamente. Desde este punto de vista, tratas de encontrar inocencia únicamente en ti y no en Ellos, a expensas de la culpabilidad de otro. ¿Puedes acaso comprar la inocencia cargando tu culpabilidad sobre otro?

Lo anterior proporciona otra declaración del propósito de nuestro ego para

estar aquí: demostrar nuestra inocencia a expensas de otro. Todo lo que

necesitamos entender es que el mundo representa la tentación de percibirnos a nosotros mismos como tratados injustamente, demostrando

nuestra impecabilidad para que todos la vean. Sin embargo, esta no es la

inocencia de Dios o Cristo, ya que no incluye a todos. Además, hemos visto

muchas veces antes que la proyección no funciona. La idea de la culpa nunca puede abandonar su fuente en la mente, permaneciendo allí para

supurar en su propia putrefacción hasta que se proyecte una vez más su maldad.

(X.4:4-8) ¿Y no es acaso la inocencia lo que tratas de conseguir cuando lo atacas? ¿No será la represalia por tu propio ataque contra el Hijo de Dios lo que buscas? ¿No te hace sentir más seguro creer que eres inocente con respecto a eso, y que has sido una víctima a pesar de tu inocencia? No importa cómo se juegue el juego de la culpabilidad, alguien siempre tiene que salir perdiendo. Y alguien siempre tiene que perder su inocencia para que otro pueda apropiarse de ella, y hacerla suya.

El ego no está de acuerdo. Es mucho más seguro, dice, creer que somos

inocentes del pecado de asesinar a Dios y crucificar a Cristo, haciendo que

otro pague el precio de nuestro pecado. Esto nos lleva a percibirnos a nosotros mismos como tratados injustamente. Una vez más, el mundo da

testimonio de la aparente verdad de uno u otro, inocencia o culpa. No hace

falta decir que la inocencia del ego, la cual se compra a través del ataque,

simplemente refuerza la creencia de la mente en su propia culpa – el infame

ciclo de culpa-ataque.

(X.5:1-3) Crees que tu hermano es injusto contigo porque crees que uno

de vosotros tiene que ser injusto para que el otro pueda ser inocente. Y en ese juego percibes el único propósito que le adscribes a tu relación.

Y eso es lo que le quieres añadir al propósito que ya se le ha asignado.

El propósito que se le da a nuestra relación es el perdón,

proporcionado por

el Espíritu Santo en nuestras mentes. A pesar de Su amorosa

Presencia,

hemos sustituido Su Expiación por nuestro propio propósito, viendo a otros

como culpables, acusándolos a ellos para que nosotros seamos inocentes: el

consejo del ego de que alguien pierda para que otro pueda ganar.

(X.5:7-8) Y toda injusticia que el mundo parezca cometer contra ti, tú

la has cometido contra el mundo al privarlo de su propósito y de la

función que el Espíritu Santo ve en él. Y de este modo, se le ha negado la justicia a toda cosa viviente sobre la faz de la tierra.

La "justicia" del Espíritu Santo se basa en la igualdad inherente (en la ilusión) y la unidad (en la verdad) del Hijo de Dios. Esto se niega

cuando

elegimos al maestro de la separación, cuya guía es proyectar nuestro pecado

y mantenernos separados de toda cosa viviente y de nuestra Fuente – uno u

otro en lugar de juntos, o no en absoluto.

(X.6:1-3) No puedes ni siquiera imaginarte los efectos que esa injusticia

tiene sobre ti que juzgas injustamente y que ves tal como has juzgado.

El mundo se vuelve sombrío y amenazante, y no puedes percibir ni

rastro de la feliz chispa que la salvación brinda para alumbrar tu

camino. Y así, te ves a ti mismo privado de la luz, abandonado en las

tinieblas e injustamente desposeído de todo propósito en un mundo

fútil.

Esto describe nuestro mundo, al cual amamos y no queremos abandonarlo.

Nuestra locura es tal que elegimos sufrir en el tenebroso infierno de la culpa

para que podamos señalar con el dedo acusador, diciendo: "Tu pecado me

hizo esto, y serás castigado por ello". Volveremos una y otra vez a la locura

de esta creencia de que la salvación es sacrificio, el nuestro y el de los demás.

(VII.2) Toda enfermedad tiene su origen en la separación. Cuando se niega la separación, la enfermedad desaparece. Pues desaparece tan pronto como la idea que la produjo es sanada y reemplazada por la cordura. Al pecado y a la enfermedad se les considera causa y consecuencia respectivamente, en una relación que se mantiene oculta

de la conciencia a fin de mantenerla excluida de la luz de la razón.

Cuando Jesús habla de la enfermedad, no se refiere a las apariencias externas, sino a la enfermedad de la mente de separación y culpa que se

manifiestan corporalmente. Estos síntomas no son el problema, a pesar de

nuestra experiencia de que la enfermedad (mental o física) se debe a microorganismos virulentos o a personas nocivas. Todo esto es negado por

la verdadera causa de la enfermedad: la mente que elige el pecado en lugar

de la Expiación. Esto significa que no son los efectos corporales (síntomas)

los que deberían ser nuestra preocupación, sino la causa en la mente (creencia en el pecado), inteligentemente ocultada por lo que el cuerpo sin

mente ve y siente. Encontraremos una discusión más extensa sobre el papel

de la enfermedad en el sistema de pensamiento del ego de la culpa y el

sacrificio, en los Capítulos 27 y 28.

(VII.3:1-3) La culpabilidad clama por castigo, y se le concede su

petición. No en la realidad, sino en el mundo de ilusiones y sombras que se erige sobre el pecado. El Hijo de Dios percibió lo que quería ver porque la percepción es un deseo colmado. Ya hemos visto esto en capítulos anteriores (por ejemplo, T-21.V.1; T24.VII.8:6-10): que vemos lo que queremos ver, deseando un mundo de separación y diferencias, ya que eso establece la verdad del sistema de pensamiento del ego. Queremos ver este mundo para que otros sean percibidos como culpables, merecedores del castigo que creemos en secreto debería ser el nuestro. La salud y el bienestar son un pequeño precio que pagamos por nuestro escape del pecado que hemos puesto sobre otro. (VII.3:4) La percepción cambia, pues fue concebida para substituir el conocimiento inmutable. Esta diferencia es crucial (cambio versus inmutabilidad) entre el mundo separado de la percepción y el mundo unificado de conocimiento de Dios. Todo aquí cambia, lo opuesto a la permanencia del amor del Cielo. (VII.3:5-9) Mas la verdad no ha cambiado. La verdad no se puede percibir, sino sólo conocerse. Lo percibido adopta muchas formas, pero ninguna de ellas significa nada. Si se lleva ante la verdad, su falta de sentido resulta muy evidente. Pero si se mantiene oculto de la verdad, parece tener sentido y ser real. Recuerda esta hermosa declaración que describe nuestra superación del cuarto y último obstáculo del ego: "Juntos desapareceremos en la Presencia que se encuentra detrás del velo ... no para que se nos vea sino para que se nos conozca" (T-19.IV-D.19:1). Cuando la creencia en el pecado desaparece, solo queda la verdad. Esto no puede ser percibido por los sentidos nacidos de la ilusión, sino ser conocido sólo por el espíritu. Con la obvia excepción del perdón, las ilusiones son todas lo mismo, porque comparten el único propósito de reforzar la creencia en lo que no tiene

sentido, dando significado donde no hay ninguno. Esto mantiene la verdad

separada y aparte, protegiendo la ilusión del poder de la mente para elegir

en su contra.

(VII.4:7-9) Las ideas no abandonan su fuente, y sus efectos sólo dan la impresión de estar separados de ellas. Las ideas pertenecen al ámbito de la mente. Lo que se proyecta y parece ser externo a la mente, no se encuentra afuera en absoluto, sino que es un efecto de lo que está adentro y no ha abandonado su fuente.

Esta idea tan importante se articula una y otra vez, no solo en el movimiento actual sino a lo largo de nuestra sinfonía. Es fundamental comprender que literalmente no hay nada fuera de la mente: las ideas no

abandonan su fuente. Lo que percibimos en el mundo es ni más ni menos

que un reflejo de lo que primero hemos hecho real por dentro. Tal comprensión es el requisito previo para la curación de la mente, como ahora

leemos:

(VII.5) La respuesta de Dios está allí donde se encuentra la creencia en el pecado, pues sólo allí se pueden cancelar sus efectos completamente y

dejárseles sin causa. Las leyes de la percepción tienen que ser invertidas, pues son una inversión de las leyes de la verdad. Las leyes de la verdad son eternamente ciertas y no se pueden invertir. No obstante, se pueden percibir al revés. Y esto debe corregirse allí donde se encuentra la ilusión de que han sido invertidas.

Esta es la respuesta de Jesús a la estrategia del ego de mantenernos sin

mentes. "La respuesta de Dios" – la Expiación del Espíritu Santo – está en

la mente, donde se necesita la corrección. Es inconcebible que este pensamiento pueda estar en cualquier otro lugar ya que el mundo no existe:

las ideas no abandonan su fuente. El único error fue la elección del tomador

de decisiones por el ego, que dio lugar al mundo dualista de la percepción.

Sus leyes enraízan nuestra atención en el cuerpo, y dado que este enfoque fuera de lugar es el que necesita invertirse, nuestro gentil maestro nos lleva de lo sin mente a la plenitud de la mente, de la ilusión proyectada del mundo a su fuente en el pensamiento ilusorio de separación de la mente. A través del milagro, la percepción invertida del ego es corregida, permitiendo que la verdad sea restaurada a nuestra conciencia plena y gozosa. (VII.6) Es imposible que una sola ilusión sea menos receptiva a la verdad que las demás. Pero es posible que a algunas se les otorgue más valor, y que haya más renuencia a entregárselas a la verdad a fin de recibir ayuda y curación. Ninguna ilusión tiene ni un solo ápice de verdad en ella. Sin embargo, parece que algunas son más verdaderas que otras, aunque es claro que eso no tiene ningún sentido. Lo único que una jerarquía de ilusiones puede mostrar son preferencias, no la realidad. ¿Qué tienen que ver las preferencias con la verdad? Las ilusiones son ilusiones, y son falsas. Tus preferencias no les otorgan realidad. Ninguna de ellas es verdad desde ningún punto de vista, y todas cederán con igual facilidad ante la respuesta que Dios dio para todas ellas. La Voluntad de Dios es una. Y cualquier deseo que parezca ir en contra de Su Voluntad, no tiene fundamento alguno en la verdad. Ésta es otra declaración de la refutación del Curso de la primera ley del caos del ego ("hay una jerarquía de ilusiones" – T-23.II.2:2-3) por el primer principio de los milagros ("No hay grados de dificultad en los milagros" – T-1.I.1:1). Dado que todo problema en el nivel de la forma es un oscuro fragmento del único problema de la mente de elegir la culpa, los detalles del problema proyectado son irrelevantes para su deshacimiento. El milagroso regreso de la atención del Hijo a la decisión equivocada de la mente, la cual puede ser ahora corregida, deshace todos los problemas simultáneamente; los deseos del ego no tienen poder sobre el reflejo de la Voluntad de Dios, el

cual es la curación de la mente dividida a través del perdón.

(VII.7:1-2) El pecado no es ni siquiera un error, pues va más allá de lo que se puede corregir al ámbito de lo imposible. Pero la creencia de que

es real ha hecho que algunos errores parezcan estar por siempre más allá de toda esperanza de curación y ser la eterna justificación del infierno.

Jesús nuevamente se refiere a la primera ley del caos. La creencia de que

existe una jerarquía de ilusiones, algunos errores son peores que otros (T23.II.2-3), constituye la fe en un sistema de pensamiento de diferencias que

es la creencia en el pecado, la cual parece estar más allá del perdón y más

allá de la curación. Lo que sigue ahora es el corazón del sistema de pensamiento del ego, visto en el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico

- la proyección del ego de su yo pecaminoso sobre un Dios maníacamente

vengativo:

(VII.7:3-4) Si esto fuese cierto, lo opuesto al Cielo se opondría a él y sería tan real como él. Y así, la Voluntad de Dios estaría dividida en dos, y toda la creación sujeta a las leyes de dos poderes contrarios, hasta que Dios llegase al límite de Su paciencia, dividiéndose el mundo en dos y se pusiese a Sí Mismo a cargo del ataque.

Este es el “tiempo del fin” bíblico, donde el mundo se dividirá entre el bien

y el mal; uno recompensado, el otro castigado. Dicha división es la sombra

proyectada del campo de batalla de la mente, donde el ego lucha con su

propia proyección - la locura enfrentándose a sí misma. ¿Cómo puede haber un verdadero ganador en tal locura?

(VII.7:5-6) De este modo Él habría perdido el Juicio, al proclamar que el pecado ha usurpado Su realidad y ha hecho que Su Amor se rinda finalmente a los pies de la venganza. Ante una imagen tan demente sólo

se puede esperar una defensa igualmente demente, pero ésta no puede

establecer que la imagen sea verdad.

Este mundo caótico - el pasaje refleja la segunda y tercera leyes del caos

(T-23.II.4-8) - es la defensa demente del ego de su propio auto-retrato demente. Como hemos visto, la Biblia describe esta locura, la cual es una

defensa contra el verdadero Dios Que nada sabe de esto. La deidad bíblica,

por otro lado, odia el pecado que Él ha hecho real y lo castiga incluso cuando parece que Él te está salvando. Todo esto no es más que una defensa

complicada contra la simple verdad de nuestra Identidad inmutable e impecable como Cristo, el único Hijo de Dios.

Volviendo al comienzo del Capítulo 26, repasamos el tema del sacrificio (uno u otro): para que existamos, Dios tiene que ser sacrificado; para que

existamos después de la fabricación del mundo, otros tienen que ser sacrificados. Reiterando, el amor debe perderse para que nuestra identidad

especial sea preservada, y, para eliminar nuestro sentido del pecado debemos perder a nuestros hermanos castigándolos por nuestras proyecciones.

(I.1:1-3) El sacrificio es una idea clave en la "dinámica" del ataque. Es el eje sobre el que toda transigencia, todo desesperado intento de cerrar

un trato y todo conflicto alcanza un aparente equilibrio. Es el símbolo del tema central según el cual alguien siempre tiene que perder.

Aquí está nuevamente nuestro tema central de uno u otro: la unidad del

amor debe sacrificarse para hacer espacio para el fragmentado amor especial del ego. El ataque ha triunfado sobre la paz y el conflicto del especialismo reina supremo en la mente donde antes sólo había unidad.

(I.1:4-5) El hincapié que hace en el cuerpo es evidente, pues el sacrificio

es siempre un intento de minimizar la pérdida. El cuerpo en sí es un sacrificio, una renuncia al poder a cambio de quedarte con una pequeña porción de él para ti solo.

Sacrificamos nuestro poder real como Cristo, y ahora creemos que nuestro

yo separado lo tiene. La culpa por nuestro mal uso de este poder, usurpando la posición de Dios como Creador, nos impulsa a renunciar a él, proyectándolo sobre el cuerpo – nuestro o de otro – y afirmando que tiene dominio sobre nosotros. Dado que la mente es el dador, retiene el poder real para efectuar cambios, ya sea mediante el sacrificio o el perdón. (I.1:6-8) Ver a un hermano en otro cuerpo, separado del tuyo, es la expresión del deseo de ver únicamente una pequeña parte de él y de sacrificar el resto. Contempla el mundo y verás que nada está unido a nada más allá de sí mismo. Todas las aparentes entidades pueden acercarse o alejarse un poco, pero no pueden unirse. La percepción del cuerpo refleja el deseo de la mente de hacer real la separación, sacrificando la Unidad de Cristo que es nuestro Ser. Sabemos que este es el caso porque el mundo que vemos es, de hecho, un mundo de separación: formas separadas percibidas por entidades separadas, que refuerzan solipsística-mente, su existencia separada al necesitar a otras entidades para justificar su odio especial a través de la apariencia de amor. (I.2:1-3) El mundo que ves está basado en el “sacrificio” de la unicidad. Es la imagen de la total desunión y de una absoluta falta de unidad. Alrededor de cada entidad se erige una muralla tan sólida en apariencia, que parece como si lo que se encuentra adentro jamás pudiese salir afuera, y lo que se encuentra afuera jamás pudiese llegar hasta lo que se encuentra oculto allí. Esta misma idea se describe claramente en la Lección 184. El mundo en el que vivimos, de desunión y separatividad, no es más que el oscuro fragmento del pensamiento desunificador original de que existimos separados de la Unidad de Dios. El mundo, entonces, debe ser ilusorio, ya que nada aquí puede ser real porque nada procedente de Dios está desunido y separado. Sin embargo, la dicotomía entre mente y cuerpo aparece permanentemente, porque el muro de la nada – el velo del olvido – que los

mantiene separados, parece eternamente indisoluble, al igual que las paredes corporales que nos mantienen separados a unos de otros.

(I.2:4) Cada parte tiene que sacrificar a otra para conservar su propia integridad.

Como vimos antes (T-16.V), esta es la esencia de la relación especial: nos

robamos el uno al otro para completar lo que creemos que nos falta.

Las

cuarta y quinta leyes del caos describen bien esta dinámica

cruelmente loca

de negociación por la salvación (T-23.II.9-13).

(I.2:5) Pues si se uniesen, cada una perdería su identidad individual, y es mediante esa separación como conservan su individualidad.

Este es el núcleo del miedo del ego. Si realmente reconocemos que somos

uno, compartiendo la locura de la mentalidad-errada, la Expiación de mentalidad-correcta, y la Mentalidad-Uno de Cristo, nuestro yo

separado,

pidiendo prestada (y alterando) la evocadora frase de Dylan Thomas, entraría gentilmente en las buenas noches del olvido. Para mantener

nuestra

"vida" egoica, es imperativo ver a los demás como diferentes a nosotros.

Esta percepción se basa en la creencia de que otros poseen el especialismo

que nos falta, lo cual justifica que los asesinemos – físicamente o psicológicamente – para apoderarnos de la perla de inestimable valor y hacerla nuestra, evitando el terror de la aniquilación. El fundamento de la

salvación del ego es este principio de diferencias: separación, ataque, y un

sentido de justicia distorsionado.

(I.3) Lo poco que el cuerpo mantiene cercado se convierte en el yo, el cual se conserva mediante el sacrificio de todo lo demás. Y todo lo demás no puede sino perder esta pequeña parte y permanecer incompleto a fin de mantener intacta su propia identidad. En esta percepción de ti mismo la pérdida del cuerpo sería ciertamente un sacrificio. Pues ver cuerpos se convierte en la señal de que el sacrificio es limitado y de que aún queda algo que es exclusivamente para ti. Y

para que esta ínfima parte te pertenezca, se demarcan límites en todo lo que es externo a ti, así como en lo que crees que es tuyo. Pues dar es lo mismo que recibir. Y aceptar las limitaciones de un cuerpo es imponer esas mismas limitaciones a cada hermano que ves. Pues sólo puedes ver a tu hermano como te ves a ti mismo.

La discusión continúa, enfocándose en el propósito del cuerpo de proteger,

promover y preservar el pensamiento de separación del ego. La

Filiación

está fragmentada en yoes separados, cada uno de los cuales está amurallado

del otro por la encarnación en la forma del pensamiento separador del ego.

De esta manera el Hijo se sacrifica a sí mismo por su yo, al cual ama por

encima de todo, sin dudar nunca en matar para asegurar su supervivencia.

Proyectando este deseo en otros yoes, la guerra perpetua está asegurada,

porque cada uno de nosotros debe sacrificar a otros para vivir. Incluso más

allá de esto se encuentra la Unidad, el sacrificio máximo, con la limitación

como la máxima expresión de su indigno sustituto.

(I.4:1-4) El cuerpo supone una pérdida, y, por lo tanto, se puede usar para los fines del sacrificio. Y mientras veas a tu hermano como un cuerpo, aparte de ti y separado dentro de su celda, estarás exigiendo que tanto tú como él os sacrificuéis. ¿Qué mayor sacrificio puede haber

que exigirle al Hijo de Dios que se perciba así mismo sin su Padre? ¿O qué su Padre esté sin Su Hijo?

El verdadero sacrificio es el que nos dio existencia, sacrificando a Padre e

Hijo (Mente y espíritu) por el ego (mente y cuerpo). Para preservar esa vida

ilusoria, continuamos sacrificando a otros al ver el pecado en ellos que

exige su castigo y no el nuestro, sin reconocer nunca la pérdida final para nosotros mismos – la vida misma.

(I.4:5-6) Sin embargo, todo sacrificio exige que estén separados, y el uno sin el otro. El recuerdo de Dios se niega si se le exige a alguien algún sacrificio.

Como Dios es Unidad, sacrificarla al ver a los demás como separados y diferentes de nosotros asegura que nunca despertaremos a nuestra Fuente, la

segunda parte de la fórmula de ver el rostro de Cristo en nuestro hermano y

recordar a Dios. El rostro inocente de Cristo aparece en nuestra percepción

al deshacer la creencia en el sacrificio – uno u otro – permitiendo que el

recuerdo amoroso de Dios alboree en nuestra conciencia.

(I.4:7-9) ¿Qué testigo de la Plenitud del Hijo de Dios puede verse en un mundo de cuerpos separados, por mucho que él dé testimonio de la verdad? Él es invisible en un mundo así. Y su himno de unión y de amor no puede oírse en absoluto.

El propósito lo es todo. El propósito del mundo es ahogar “la canción olvidada” (T-21.I). De hecho, fue hecho para mantener esta canción de amor

y unidad escondida para siempre de nosotros, para que nunca eligiéramos

escuchar su dulce melodía. Manteniéndonos en un estado perpetuo de ausencia de la mente (el cuerpo), el ego elimina toda posibilidad de que la

mente vuelva a elegir. Además, nos engañamos a nosotros mismos creyendo que en virtud de la ilusión de que otros merecen ser castigados en

lugar de nosotros, que es el propósito del odio especial, nosotros podemos

vivir en el mundo inocentes y libres de todo castigo.

Nuestra última mirada al ego en este movimiento viene en “La inminencia

de la salvación”. En los dos primeros párrafos, Jesús habla del tiempo y el

espacio como una ilusión, lados opuestos de la misma moneda de la separación. El pensamiento proyectado de estar separados de nuestro

Creador toma la forma de espacio cuando vemos diferencias entre nosotros,
la brecha entre nosotros y los demás que es el fragmento sombrío de la que
creemos que es la brecha entre nosotros y Dios. Estas diferencias se acentúan al ver a nuestros hermanos como pecadores que merecen ser
castigados en el tiempo, su temible futuro se suma a la brecha percibida
entre nosotros, o cuando pretendemos estar en la mentalidad-correcta, el
momento en que nos dignamos a perdonarlos. Este es el significado del
siguiente pasaje:

(VIII.1) El único problema pendiente es que todavía ves un intervalo entre el momento en que perdonas y el momento en que recibes los beneficios que se derivan de confiar en tu hermano. Esto tan sólo refleja la pequeña distancia que aún deseas interponer entre vosotros para que os mantenga un poco separados. Pues el tiempo y el espacio son la misma ilusión, pero se manifiestan de forma diferente. Si se ha proyectado más allá de tu mente, piensas que es el tiempo. Cuanto más
cerca se trae a tu mente, más crees que es el espacio.
Una vez más, vemos el espacio entre nosotros y los demás que refleja nuestras diferencias: sus separados cuerpos que han pecado contra el nuestro, y hay un tiempo entre el momento en que ocurrió su pecado y el
momento en que será castigado en el más allá infernal. Además, el concepto
del Cielo del ego, entendido dentro de un marco temporal, exige que los
efectos benéficos de nuestro perdón permanezcan en el futuro cuando seremos recompensados por nuestra amabilidad. De ahí que se refuerce la
realidad del tiempo y el espacio, preservando el pensamiento subyacente de
la separación.

(VIII.2) Quieres conservar cierta distancia entre vosotros para que os mantenga separados, y percibes ese espacio como el tiempo porque aún

crees que eres algo externo a tu hermano. Eso hace que la confianza sea

imposible. Y no puedes creer que la confianza podría resolver cualquier problema ahora mismo. Crees, por lo tanto, que es más seguro seguir siendo un poco cauteloso y continuar vigilando lo que percibes como tus intereses separados. Desde esta perspectiva te es imposible concebir que puedas obtener lo que el perdón te ofrece ahora

mismo. En el intervalo que crees que existe entre dar el regalo y recibirlo parece que tienes que sacrificar algo y perder por ello. Ves la salvación como algo que tendrá lugar en el futuro, pero no ves resultados inmediatos.

Debido a que el pensamiento de separación de la mente nunca se deshace,

la culpa engendra una continua fea presencia, la cual sentimos en el sueño

proyectado que es el mundo. Creemos inevitablemente que el pasado pecaminoso es real en el presente y debe ser castigado en el futuro.

Para

evadir la inevitabilidad de este castigo, necesitamos proyectar continuamente el pensamiento de la separación en el cuerpo de la separación, viendo a los demás como separados de nosotros – el efecto de

su pecado. En consecuencia, exigimos un castigo futuro, que se refleja en el

tiempo como la separación que nuestros cuerpos separados manifiestan en

el espacio. E incluso cuando el ego nos dice que debemos perdonar (“perdón-para-destruir” – S-2.II), tenemos que esperar el resultado de nuestro perdón en términos del reconocimiento de Dios de que merecemos

el Cielo por nuestro sacrificio y sufrimiento, mientras que otros serán condenados al infierno. Ponemos nuestra confianza en la salvación del juicio y el ataque del ego, o en los intereses separados que conducen a los

resultados inmediatos de experimentar la libertad de la culpa. Esto previene

que experimentemos los verdaderos efectos del perdón ahora, los cuales al

poner nuestra confianza en el Espíritu Santo seguramente nos traería.

(VIII.3) Sin embargo, la salvación es inmediata. A no ser que la percibas así, tendrás miedo de ella, creyendo que, entre el momento en que aceptas su propósito como el tuyo propio y el momento en que sus efectos llegan hasta ti, el riesgo de pérdida es inmenso. De esta manera, el error que da lugar al miedo sigue oculto. La salvación eliminaría la brecha que todavía percibes entre vosotros y permitiría que os convirtieseis en uno instantáneamente. Y es esto lo que crees que supondría una pérdida. No proyectes este temor en el tiempo, pues el tiempo no es el enemigo que tú percibes. El tiempo es tan neutral como el cuerpo, salvo en lo que respecta al propósito que le asignas. Mientras todavía quieras conservar un pequeño espacio entre vosotros, querrás tener un poco más de tiempo en el que aún puedas negar el perdón. Y esto no podrá sino hacer que el intervalo que transcurre entre el momento en que niegas el perdón y el momento en que lo otorgas parezca peligroso, y el terror, justificado. Vuelve el importantísimo leitmotiv del propósito, que se considerará de nuevo en la siguiente sección. El temor se origina en la mente y sirve al propósito cuidadosamente elaborado del ego de hacernos creer que el pecado es real porque merece ser castigado. Nos dice que somos culpables, lo que significa que pecamos al separarnos de Dios, y esta trinidad impía (pecado, culpa y miedo) nos lleva al mundo de los cuerpos en el que creemos que estamos protegidos, olvidándonos de que somos la mente que fabricó el mundo. Parece que existimos para siempre en un estado de ausencia de la mente, sin oportunidad de volver a la mente tomadora de decisiones, la cual puede elegir contra el ego. Así es el propósito del ego para preservar nuestra felicidad personal. Sin embargo, la culpa de la mente permanece, y debemos defendernos de ella proyectando su feo rostro en otro, la visión deformada de la salvación

del ego. Bajo sus crueles dictados, incluso cuando creemos que somos perdonados debido a que hemos perdonado, el pecado aún puede aflorar y exigir castigo. Para prevenir nuestro duro destino mantenemos la vigilancia hacia el pecado de otro para que el nuestro sea olvidado. Al no creer que el perdón de otro es merecido, reforzamos la creencia secreta de que nuestro pecado está más allá de la redención. Por así decirlo, el ego es capaz de controlarnos a través del terror de un castigo que nunca podrá ser prevenido, llevándonos una y otra vez a percibir el pecado de la separación en todos menos en nosotros mismos.

Entramos en la neutralidad del tiempo. Aunque fue hecho por el ego para protegerse convenciéndonos de que el pecado es real en el pasado, y que merece ser castigado en el futuro mientras experimentamos culpa en el presente entre ellos, el tiempo puede servir a un propósito diferente. El Espíritu Santo usa el mundo temporal como un salón de clases donde nos enseña a elegir el instante santo en el que se trasciende la ilusión del tiempo, se disuelve el juicio, y se sana la separación.

(VIII.4:1-2) Mas el espacio que hay entre vosotros es evidente sólo en el presente, ahora mismo, y no se puede percibir en el futuro. Tampoco es posible pasarlo por alto, excepto en el presente.

El ego afirma lo contrario, nuestros problemas permanecen en el presente, en el instante profano en que la mente elige el pecado en lugar de la inocencia, y el miedo sustituye al amor. Siempre debemos recordar que el tiempo es una ilusión, ya que la mente es en realidad atemporal. El instante de la decisión, profana o santa, es todo lo que hay, porque el tomador de

decisiones de la mente es el "asiento del destino", para citar al erudito Plotiniano Emile Bréhier, en el que se encuentra el Cielo o el infierno, por

nuestra propia elección.

(VIII.4:3-4) No es lo que puedas perder en el futuro lo que temes. Lo que te aterroriza es unirse en el presente.

Recuerda esta línea del Capítulo 13, que es reiterada por lo anterior:

"No es

de la crucifixión de lo que realmente tienes miedo. Lo que verdaderamente

te aterra es la redención" (T-13.III.1:10-11). No tememos al futuro inventado, sino que estamos aterrorizados por la "unión en el presente". Por

supuesto, no puede haber una real "unión en el presente", porque ya estamos unidos. Simplemente aceptamos el reflejo de la verdad de la eternidad, el instante santo en el que nos damos cuenta de que no hay ningún pecado en el pasado. ¿Cómo, entonces, podemos estar separados

unos de otros ahora, cuando no hay separación en el pasado? El ego teme

este reconocimiento de la igualdad inherente de todas las mentes, porque

deshace la creencia en el pecado, la culpa y el miedo, despertándonos de las

pesadillas al Cristo que compartimos como uno.

(VIII.4:5) ¿Quién puede sentir desolación, excepto en el momento presente?

Los sentimientos de desolación no surgen de lo que el mundo ha hecho o

hará con nosotros, o de lo que la loca ira del Creador podría lograr. Son el

resultado inevitable de la elección presente de la mente de estar separada de

Dios. Este entendimiento marca una feliz conclusión a una historia infernal,

un final tranquilo para un ego locamente frenético. No es de extrañar que

nuestro yo individual tiemble de miedo ante el recuerdo del poder de la mente para elegir en su contra.

(VIII.4:6-8) Una causa futura aún no tiene efectos. Por lo tanto, eso

quiere decir que si sientes temor, su causa se encuentra en el presente.

Y es esa causa la que necesita corrección, no un estado futuro.

La "causa que se encuentra en el presente" del ego es la creencia en el pecado. No necesita corrección en el futuro, como el tratar de evitar que

tengamos miedo, ni que deshagamos el pasado doloroso. Es, de nuevo, la

decisión presente de la mente en favor del ego lo que es la causa, y es allí

donde se debe aplicar la corrección. Este es el propósito del instante santo.

(VIII.5:1-4) Todos los planes que haces para tu seguridad están centrados en el futuro, donde no puedes planear. Todavía no se le ha asignado ningún propósito al futuro, y lo que va a ocurrir aún no tiene causa. ¿Quién puede predecir efectos que no tienen causa? ¿Y quién podría tener miedo de dichos efectos a no ser que pensase que éstos ya

han sido causados y los juzgase como desastrosos ahora?

Dado que el pecado nunca ha sucedido, ¿cómo podría causar un futuro terrible? La aceptación de la Expiación, nuestra responsabilidad y única función, implica reconocer que el pecado ilusorio de la separación no puede

ser la causa de ninguna cosa. Elegir ver a otro compartiendo nuestros sistemas de pensamiento de mentalidad-dividida refleja nuestra presente

decisión de deshacer los efectos sin causa de la separación y el especialismo. El milagro nos recuerda que nuestras percepciones de la devastación y el desastre no son lo que parecen (véase L-pII.13.1:1-3).

Como su causa es nada, permitir que los efectos aparentes – nada proviene

de la nada – despierten miedo y perturben nuestra paz no tiene sentido.

(VIII.5:5) La creencia en el pecado da lugar al miedo, y, al igual que su causa, mira hacia adelante y hacia atrás, pero pasa por alto lo que se encuentra aquí y ahora.

La frase aquí y ahora está asociada con la psicología Gestalt, un movimiento psicológico popular en la década de 1960, cuando se estaba

escribiendo el texto de Un Curso de Milagros. En el Curso, denota el

instante santo en el que no hay pasado ni futuro, ni separación, ni culpa, ni un mundo de cuerpos. Solo existe la Expiación, recordándonos Quiénes somos como Cristo. El ego teme que elijamos este principio, que tan desesperadamente busca ocultarnos. Para ello, siguiendo una estrategia más que familiar para nosotros, fabrica su realidad de la pesadilla de pecado, culpa y miedo, la cual culmina en el nacimiento del universo material.

Ver el ataque a nuestro alrededor (la proyección de nuestros propios pensamientos de ataque) justifica nuestro contraataque, arraigando la atención aún más firmemente en el mundo de los cuerpos pecadores.

De esta manera nunca regresaremos a la mente donde, en el aquí y ahora, seguramente elegiríamos contra el pecado.

(VI.1) Cualquier cosa en este mundo que creas que es buena o valiosa, o

que vale la pena luchar por ella, te puede hacer daño y lo hará. No porque tenga el poder de hacerlo, sino únicamente porque has negado que no es más que una ilusión, y le has otorgado realidad. Y así, es real para ti y no algo que no es nada. Y al percibirse como real se le abrieron las puertas al mundo de las ilusiones enfermizas. Toda creencia en el pecado, en el poder del ataque, de herir y hacer daño, en

el sacrificio y en la muerte, ha llegado a ti de esa manera. Pues nadie puede otorgarle realidad a una sola ilusión y escaparse del resto. Pues, ¿quién podría elegir quedarse sólo con aquellas ilusiones que prefiere y,

al mismo tiempo, encontrar la seguridad que sólo la verdad puede conferir? ¿Quién podría creer que todas las ilusiones son iguales y, al mismo tiempo, mantener que una de ellas es mejor que las demás?

Este incisivo pasaje resume nuestra discusión hasta la fecha y nos conducirá

a la siguiente sección sobre propósito y decisión. Vimos antes que el placer

y el dolor corporales tienen el mismo objetivo de reforzar el sistema de pensamiento de separación del ego (T-19.IV-A.17:10-12; IV-B.12).

Cuando

atribuimos poder al cuerpo para hacernos felices o tristes, traernos placer o dolor, reconocemos la creencia de que de hecho existe un mundo fuera de la mente, sobre el que no tenemos control, sino que nos controla a nosotros.

Esto solo refuerza nuestro estado sin mente y sin poder. El dolor que experimentamos se deriva directamente de este error, ya que es inevitable

una vez que hemos elegido la culpa del ego como nuestro maestro.

Mientras

que los cuerpos claramente prefieren la ilusión de placer a la ilusión de dolor, nuestros egos se ríen de júbilo por el engaño exitoso de haber hecho a

las ilusiones reales y presentes, independientemente de lo que parezca sentir

el cuerpo. Hacer verdad a las ilusiones es el propósito del ego para el mundo, un propósito que permanece intacto mientras la mente no cambie su

decisión equivocada.

Propósito - Decisión.

Veamos ahora el tema del propósito, que se integra naturalmente con el

tema de la decisión. Nuestras opciones de propósito son entre permanecer

en el sueño o despertar de él, decidir por el maestro de ataque o el de perdón. Ambos temas están entrelazados, porque lo que queremos (propósito) determina lo que elegimos y luego experimentaremos como real.

(I.5:1-2) Aquellos que quieren ver los testigos de la verdad en vez de los

de la ilusión, piden simplemente poder ver en el mundo un propósito que haga que el mundo tenga sentido y significado. Sin tu función especial, no tiene ningún significado para ti.

Hemos aprendido que el perdón es nuestra función especial (T-25.VI), el

cual le da al mundo su único significado y propósito: verlo como un salón

de clases en el que aprendemos las lecciones de Jesús sobre los intereses compartidos que nos despiertan de los sueños de separación, pecado y muerte del ego. Su propósito para el mundo corrige al del ego, que es hacer reales las diferencias y justificar los ataques que él llama justicia, castigando a otros por los pecados que percibimos por primera vez dentro de nosotros mismos.

(I.5:3-4) Sin embargo, se puede convertir en una mina tan rica e ilimitada como el Cielo mismo. No hay ni un solo instante en el que la santidad de tu hermano no se pueda ver y con ello añadir abundante riqueza a cada diminuto fragmento y a cada pequeña migaja de felicidad que te concedes a ti mismo.

El mundo se convierte en una "mina tan rica", no porque haya algo intrínsecamente valioso aquí, sino por el propósito que la mente decide darle. Las "migajas de felicidad" son las que buscamos en nuestras relaciones especiales, mientras que el perdón abre el suministro ilimitado

del amor del Cielo – para que podamos elegirlo. Quizás hoy.

(VII.15:1-2) Las ilusiones apoyan el propósito para el que fueron concebidas. Y cualquier significado que parezcan tener se deriva de ese propósito.

Ya hemos visto el propósito del ego para las ilusiones: perpetuar nuestra identidad separada y especial. Cualquier cosa – dolor o placer, enfermedad o salud, muerte o vida – que refuerce este yo individual es significativa para el ego, y es apreciada como la salvación.

(VII.15:3-5) Dios dio a todas las ilusiones que se concibieron, sea cual fuere su forma, otro propósito que justificase un milagro. En cada milagro radica la curación es su totalidad, pues Dios respondió a todas las ilusiones cual una sola. Y lo que es uno para Él, no puede sino ser todo lo mismo.

Toda curación es la misma porque todos los milagros son iguales: un problema, una solución. El propósito al que Jesús se refiere es al perdón, y

sus palabras acerca de que Dios nos da otro propósito son claramente simbólicas ya que la Unidad perfecta sólo se conoce a Sí Misma. Sin

embargo, dentro del sueño donde reinan los símbolos, es útil percibir a Dios

como un Amigo en lugar del enemigo que el ego hizo de Él. Su Amor, por

lo tanto, se experimenta a través del uso que el Espíritu Santo hace del especialismo que solíamos usar para hacer daño, al cambiarlo por el propósito del perdón y la curación – nuestra función especial (T-25.VI.4).

(III.6:1-2) Este mundo complejo y super-complicado no te ofrece ninguna base sobre la que elegir. Pues nadie comprende lo que es lo mismo, y todo el mundo parece estar eligiendo entre alternativas que realmente no existen.

Quizás la expresión más clara de este tema se encuentre en el último capítulo del texto en “La verdadera alternativa” (T-31.IV), donde Jesús nos

dice que la miríada de opciones que ofrece este mundo es simplemente

diferentes formas de reforzar la meta de muerte del ego. Una ilusión es una

ilusión es una ilusión, independientemente de su forma. La única alternativa

significativa a la ilusión es la verdad, la simple elección de la mente en favor del Espíritu Santo y Su milagro.

(III.6:3-5) El mundo real es la esfera de la elección hecha realidad, no en el resultado final, sino en la percepción de las alternativas entre las que se puede elegir. La idea de que hay alternativas entre las que elegir

es una ilusión. Aun así, dentro de esta ilusión yace el des-hacimiento de

todas las ilusiones, incluido ella.

Esa es la elección final que hacemos entre la separación del ego y la Expiación del Espíritu Santo, un tema al que volveremos a continuación. En

otra parte, Jesús dice que el perdón es ilusorio, pero a diferencia de las ilusiones del ego, el perdón no da lugar a más ilusiones (por ejemplo, Lpl.198.3). Elegir perdonar totalmente es ver el rostro de Cristo en cada cosa

viviente (y no viviente), el cual deshace todas las ilusiones y despierta en

nosotros el recuerdo de Dios.

(III.7:1-6) ¿No se parece esto a tu función especial, en la que la separación se subsana al pasar de lo que antes era el propósito de ser especial a lo que ahora es el de estar unido? Todas las ilusiones son una.

Y en el reconocimiento de este hecho radica el que puedas abandonar todo intento de elegir entre ellas y de hacerlas diferentes. ¡Qué fácil es elegir entre dos cosas que obviamente son distintas! En esto no hay conflicto. Abandonar una ilusión que se reconoce como tal no puede ser un sacrificio.

Jesús nos enseña cómo elegir entre el ego y el Espíritu Santo, la única diferencia verdadera dentro del sueño. Las aparentes diferencias en el mundo de ilusiones del ego ocultan su contenido compartido de culpa, no

importa cómo se vean. Nuestra función especial corrige esta ilusión de diferencias al devolvernos a la mente donde reconocemos la igualdad subyacente en todas sus formas. El proceso de deshacer las ilusiones parece

arduo sólo porque nos resistimos a reconocer la irrealidad del yo individual;

renunciar a él sería un sacrificio demasiado grande para pagar. Pero entender que no hay un yo, nos ayuda a darnos cuenta de que realmente

estamos entregando nada y recibiendo todo (T-16.VI.11:4).

(III.7:7) Cuando se desposee de realidad a aquello que nunca fue verdad, ¿cómo iba a ser difícil renunciar a ello y elegir lo que, por ende, no puede sino ser real?

Una vez más, el miedo del ego es a la mente tomadora de decisiones que le

hizo real la ilusión. El ego sabe que, si vamos hacia adentro, ejerceremos

nuestra elección y elegiremos en contra de él, retirando toda creencia en lo

irreal. Nuestro falso yo desaparecería, al igual que nuestra creencia en la

realidad del mundo y el valor del especialismo. Lo que quedaría es la simple verdad: somos el Cristo a Quien Dios creó como Él Mismo.

(V.1:5-12) Todo aprendizaje o bien es una ayuda para llegar a las puertas del Cielo o bien un obstáculo. No hay nada entremedias. Hay

solamente dos maestros, y cada uno de ellos señala caminos diferentes.

Y tú seguirás el camino que te señale el maestro que hayas elegido.

Sólo

hay dos direcciones que puedes seguir, mientras perdure el tiempo y elegir tenga sentido. Pues jamás se podrá construir otro camino salvo el

que conduce al Cielo. Tú sólo eliges entre ir al Cielo o no ir a ninguna parte. No hay más alternativas que éstas.

Todos los caminos a los que conduce el especialismo terminan en ninguna

parte. Este, entonces, es un curso muy simple, ya que simplemente nos pide

que elijamos entre la ilusión y la realidad. Sin embargo, primero debemos

reconocer que las ofrendas del ego no tienen sentido, ya que como aquí no

hay nada, no puede haber algo valioso en sus ofrendas de especialismo. La

loca necesidad de defender nuestro yo especial hace que nos resistamos a

esta simple verdad, por lo que, en vez de tomar la sencillez del Espíritu Santo, complicamos nuestro camino, oscureciendo la simple elección de

cumplir el propósito del perdón de nuestra vida: la única decisión que nos

devuelve al Cielo.

Perdón.

En "El pequeño obstáculo" encontramos un pasaje particularmente importante que nos ayuda a comprender la irrealidad del tiempo y presentaremos en esta sección al perdón. Anteriormente hemos discutido

cómo el tiempo lineal es una proyección del sistema de pensamiento del

pecado, la culpa y el miedo que ocurrió (y sigue ocurriendo) en el instante

ontológico en el que, como un solo Hijo, decidimos creer en la mentira de

separación del ego. Como la mente existe fuera del mundo del tiempo y el

espacio, es no local y atemporal. Todo lo que alguna vez ha sucedido, o sucederá, sucedió en el instante en que esta mente eligió el ego y buscó

proyectarlo en un mundo, el llamado Big Bang cuando el yo separado se

astilló en un casi infinito número de fragmentos, cada uno de los cuales

contiene la totalidad del sistema de pensamiento del ego, así como la corrección del perdón por parte del Espíritu Santo. Ambos coexisten en la

mente, siendo el tema del primer párrafo considerado:

(V.3:1-4) Dios te dio Su Maestro para que reemplazase al que tú inventaste, no para que estuviese en conflicto con él. Y lo que Él ha dispuesto reemplazar ya ha sido reemplazado. El tiempo tan solo duró un instante en tu mente, y no afectó a la eternidad en absoluto. Y así es

con todo el tiempo que ha pasado; y todo permanece exactamente como

era antes de que se construyese el camino que no lleva a ninguna parte.

Solo el ego cree en el conflicto, razón por la cual la palabra campo de batalla aparece en el gráfico. El problema, sin embargo, no es el supuesto

Enemigo, sino nuestra incredulidad en la Expiación del Espíritu Santo que

nos dice que la guerra no es nada, y que el yo especial tampoco es nada,

siendo solo un aspecto de la nada del pecado. En defensa propia nos aferramos a la ilusión de un pasado pecaminoso que tuvo efectos devastadores – nosotros. Aun así, en medio de los estridentes sonidos de

una batalla que nunca fue, la verdad habla en voz baja: el Cielo no ha cambiado, nada ha tenido efecto en el Todo, el tiempo no ha alterado la

eternidad.

(V.3:5) El brevísimo lapso de tiempo en el que se cometió el primer error – en el que todos los demás errores están contenidos – encerraba también la Corrección de ese primer error y de todos los demás que partieron de él.

Como las ideas no abandonan su fuente, el mundo del tiempo y el espacio –
especialismo y pecado, placer y dolor, nacimiento y muerte – todavía existe
dentro de la mente no lineal, dentro del error original cuando elegimos la
separación del ego en lugar de la Expiación del Espíritu Santo. Esto parece
inconcebible para nosotros que habitamos el mundo fragmentado de la
multiplicidad (ver T-18.I.4-5), pero esto es sólo porque nuestras
identidades
parecen muy palpablemente reales. Sin embargo, no solo se encuentran
todos los errores en el siempre presente instante no santo, sino que también
se encuentran todas las lecciones de perdón en el siempre presente instante
santo – uno al lado del otro. Incluso si el error aparece en miles de millones
de formas, al igual que la corrección, siguen siendo una. Sin jerarquía de
ilusiones, no hay grados de dificultad en los milagros: un problema,
una
solución (L-pl.80.1:5).

(V.3:6-7) Y en ese breve instante el tiempo desapareció, pues eso es lo
que jamás fue. Aquello a lo que Dios dio respuesta ha sido resuelto y ha
desaparecido.

Más adelante en nuestra sinfonía leemos: “Hace mucho que este mundo
desapareció” (T-28.I.1:6). En efecto, estamos viviendo en una imagen
pasada, como si hubiera algo aquí con lo que relacionarnos, aunque ya no
esté aquí. Por supuesto, nunca lo estuvo, excepto en los sueños que fueron
disueltos por la respuesta de Expiación del Espíritu Santo en el instante en
que pareció que nos quedamos dormidos.

(V.4) A ti que aún crees vivir en el tiempo sin saber que ya
desapareció,

el Espíritu Santo te sigue guiando a través del laberinto infinitamente pequeño e insensato que todavía percibes en el tiempo a pesar de que ya hace mucho que desapareció. Tú crees estar viviendo en lo que ya pasó. Cada cosa que ves la viste sólo por un instante, hace mucho, antes

de que su irrealdad sucumbiese ante la verdad. No hay ni una sola ilusión en tu mente que no haya recibido respuesta. La incertidumbre se llevó ante la certeza hace tanto tiempo que es difícil seguir abrigándola en tu corazón como si aún estuviese ante ti.

Tenemos la ilusión de emprender un viaje a través del tiempo y el espacio,

pero la alfombra del tiempo se extendió en un instante, y en ese mismo

instante se enrolló nuevamente y desapareció (T-13.I.3). Viajando por un

camino que ya ha finalizado, aprendemos que ni siquiera estuvo aquí. Comprender este hecho metafísico proporciona una perspectiva dentro de la

cual podemos mirar mejor nuestra vida cotidiana. Lo que juzgamos como

importante es verdaderamente nada, y no necesitamos entrar en contacto

con el instante ontológico de la locura, porque esa misma locura infunde

nuestra experiencia en el aquí y ahora. Es nuestro propósito de mentalidad correcta reconocer el delirio de creer que la nada del ego tiene el poder de

afectar la paz de la mente. Después de todo, ¿puede una ola afectar al océano, o un rayo de sol al sol (T-18.VIII.3)? La Expiación del Espíritu Santo ha respondido para siempre, deshaciendo el tiempo con su suave

reflejo de la verdad eterna.

(V.5:1-4) Este ínfimo instante que deseas conservar y hacer eterno, se extinguió tan fugazmente en el Cielo que ni siquiera se notó. Lo que desapareció tan rápidamente que no pudo afectar el conocimiento del Hijo de Dios, no puede estar aún ahí para que lo puedas elegir como maestro. Sólo en el pasado – un pasado inmemorial, demasiado breve como para poder erigir un mundo en respuesta a la creación – pareció surgir este mundo. Ocurrió hace tanto tiempo y por un intervalo tan breve que no se perdió ni una sola nota del himno Celestial.

Esta es una hermosa manera de decirnos que no hay nada aquí,
literalmente,
a pesar de la ancestral tentación de hacer del ego nuestro maestro.
Leemos
en el manual: "En el tiempo esto [la separación] ocurrió hace mucho.
En la
realidad, nunca ocurrió" (M-2.2:7-8). Creemos que nuestras vidas son
importantes, tanto que Dios Mismo nos ve como un fragmento
separado:
siendo amoroso, castigador y perdonador, e incluso inventando un plan
para
salvarnos. Dado que el mundo nunca sucedió, tal Dios debe estar loco,
al
haber hecho real el error. Este mundo creado por el ego todavía tiene
un
propósito santo cuando se mira a través de los ojos del Espíritu Santo:
utilizarlo para que aprendamos que no hay nada que perdonar porque
el
pecado de la separación es una ilusión: "... no se perdió ni una sola
nota del
himno Celestial".
Como veremos aquí, y muchas veces antes de que concluya nuestra
sinfonía, Jesús nos pide que apliquemos su perdón a todos los que nos
encontremos, demostrando que ni una nota de nuestro amor ha
cambiado
debido a su comportamiento "pecaminoso". No importa lo que se haya
pensado, dicho o hecho, la realidad del amor del Cielo es inafectable.
Esta
enseñanza es invaluable si la invocamos cada vez que nos vemos
tentados a
dar poder a una ilusión, recordando con alegría que nada se ha
interpuesto
entre nosotros y el amor, o entre los demás y nuestro amor. La
separación
no ha tenido ningún efecto sobre la unidad, al igual que nuestros
diferenciantes juicios y ataques tampoco han cambiado la igualdad
inherente de los Hijos separados de Dios.
(V.5:5-7) Sin embargo, en cada acto o pensamiento que aún no hayas
perdonado, en cada juicio y en cada creencia en el pecado, se evoca
ese

instante, como si se pudiese volver a reconstruir en el tiempo. Lo que tienes ante tus ojos es una memoria ancestral. Y quien vive sólo de recuerdos no puede saber dónde se encuentra.

La memoria es siempre del pasado. Cada vez que mantenemos un resentimiento o emitimos un juicio, de hecho, cada vez que estamos inquietos de alguna manera, recordamos la memoria ancestral cuando el

terror pareció tomar el lugar del amor, el pecado triunfar sobre la inocencia,

y la Unidad de Dios desaparecer en el estado separado del Hijo.

Pensamos

que existimos donde no estamos, porque pensamos que somos lo que nunca

podríamos ser. La memoria es sólo una decisión presente proyectada en un

pasado inexistente, y toda esta locura es el producto de una elección equivocada que nuestra mente está haciendo en este momento.

(V.6:1-5) El perdón es lo que nos libera totalmente del tiempo, y lo que nos permite aprender que el pasado ya pasó. Ya no se oye hablar a la locura. Ya no hay ningún otro maestro ni ningún otro camino. Pues lo que ha sido erradicado ha dejado de existir.

Dado que el tiempo es el hogar proyectado del pecado, la culpa y el miedo,

el perdón libera a la mente de su prisión, demostrando que el pecado de

separación y ataque no tuvo efectos. Sin sus efectos, el pecado ya no puede

ser una causa, dejando su pasado culpable en ninguna parte. El pecado ha

desaparecido, y la locura del sistema de pensamiento del ego que lo acompañaba se fue con él, siendo su lugar ocupado por la razón del Espíritu

Santo, nuestro único Maestro y único Amigo.

(V.8:4) ¿Y querías conservar ese temible instante en el que el Cielo pareció desaparecer y a Dios se le temió y se le convirtió en el símbolo de tu odio?

La imagen del Dios bíblico – un Dios imposible de pasar por alto en el mundo Occidental, ya sea que fuéramos criados como Judíos, Cristianos o

ateos – es una proyección del odio secreto de la mente. Mientras que el verdadero Dios no sabe nada de nosotros, la deidad de la distorsión del ego sabe todo sobre nuestro ser pecaminoso, creyendo que Él debe responderles. Nos aferramos a esta locura ontológica de creer las mentiras del ego en cada momento que nos entregamos a nuestro especialismo, valorándolo lo suficiente como para que valga la pena perder la paz por él, o usarlo para justificar la negación del amor de un aspecto del Hijo de Dios.

(V.9) Olvídate de ese momento de terror que ya hace tanto tiempo que se corrigió y se des-hizo. ¿Podría acaso el pecado resistir la Voluntad de Dios? ¿Podría estar en tus manos poder ver el pasado y ubicarlo en el presente? No puedes volver a él. Y todo lo que señala hacia él no hace sino embarcarte en una misión cuya consecución sólo podría ser irreal. Tal es la justicia que tu Amoroso Padre se aseguró que se hiciese contigo. Y te ha protegido de tu propia injusticia contra ti mismo. No puedes extraviarte porque no hay otro camino que el Suyo y no puedes ir a ninguna parte excepto hacia Él.

Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que el pasado ya pasó y que no podemos volver a él, excepto en sueños. El único camino verdadero por recorrer es con Jesús, a través de las ilusiones, de regreso a la verdad. Por

convincientes que puedan ser las mentiras de separación del ego, no pueden escapar de su origen irreal. Y lo que no es real no tiene ningún efecto sobre

la realidad. Esta verdad de la Expiación, es la promesa eterna de Dios a Su

eterno Hijo, la justicia que nos merecemos por ser Su creación.

(V.11:1-2) El Hijo que Dios creó sigue siendo tan libre como Dios lo creó. Renació en el mismo instante en que eligió morir en vez de vivir. Lo anterior es la versión del Curso de nacer de nuevo (Juan 3:3,7).

Renacemos cuando elegimos al Espíritu Santo como nuestro Maestro en

lugar del ego. Cuando nos decidimos por el ego, nacimos como un yo

separado. Por otro lado, eligiendo de nuevo, liberamos ese yo y nacemos de nuevo en Cristo, Cuyo rostro resplandeciente de inocencia es la última ilusión del mundo.

(V.11:3) ¿Y te negarías ahora a perdonarlo porque cometió un error en un pasado que Dios ni siquiera recuerda y que no existe?

Encontramos aquí otro ejemplo de Jesús diciéndonos que Dios no sabe acerca de la separación. Los pecados del Hijo no se hacen reales y luego se

perdonan; simplemente se olvidan mientras desaparecen de nuevo en su

propia nada: el verdadero significado del perdón y la fuente de nuestra curación.

(V.11:4-9) Estás ahora oscilando entre el pasado y el presente. A veces el pasado te parece real, como si fuese el presente. Oyes voces del pasado y luego dudas de lo que las has oído. Eres como alguien que aún

tiene alucinaciones, pero que no está seguro de lo que percibe. Ésta es la

zona fronteriza entre los dos mundos, el puente entre el pasado y el presente. Aquí todavía ronda la sombra del pasado; sin embargo, se vislumbra ya la luz del presente.

Cuando estamos ansiosos o enojados, hemos hecho realidad nuestro pasado

pecaminoso y experimentamos las consecuencias de esa decisión. En la

visión de Jesús, sin embargo, no hay efectos del pecado ya que su causa ha

desaparecido. La película "Una mente maravillosa" refleja este pasaje. Al

final, el héroe mentalmente enfermo sabía que estaba alucinando, pero ya

no le prestaba atención. Ésta es nuestra situación. Hemos llegado al punto

en que todavía somos conscientes de nuestras alucinaciones de un mundo,

pero ya no les damos poder para afectar nuestra paz, incluso mientras vamos y venimos entre nuestras mentes correcta y errada. A pesar de haber

elegido el miedo del ego, se nos puede enseñar a mirar nuestro error sin

juzgar, una definición operativa de la mentalidad-correcta.

Nota el otro significado que se le da a la zona fronteriza. En otros lugares,

el término se refiere al mundo real (ver más abajo), marcando la transición

entre la percepción y el conocimiento. Aquí, sin embargo, es la etapa en la

que elegimos el instante santo en lugar del no santo, el reflejo del amor

presente del perdón en lugar del sentimiento de culpa por las sombras del

pasado.

(V.11:10-11) Una vez que esta luz se ve, es imposible olvidarse de ella. Y

esa luz te rescatará del pasado y te conducirá al presente, donde realmente te encuentras.

Nuestra atracción por la luz es el miedo del ego, la razón por la que se esfuerza por evitar cualquier experiencia verdadera de que la luz pueda

llegar al ojo de la mente. Sin duda, nos proporciona alegremente su versión

de la luz en visiones especiales, sueños, etc., que solo realzan nuestro especialismo. Además, estas percepciones dualistas no pueden ser de nuestra Fuente, la Cual no es de este mundo en absoluto. No obstante, una

vez que tenemos una visión verdaderamente libre de ego, los símbolos nos

llevan más allá de la percepción al recuerdo del amor. La canción olvidada

empieza a resonar en nosotros y, atraídos por su suave melodía, somos

llevados del mundo a la mente, donde la verdadera elección es ejercitada

mientras nos decidimos por la Luz que está más allá de toda luz.

(V.12) Las sombrías voces no alteran las leyes del tiempo ni las de la eternidad. Proceden de lo que ya pasó y dejó de existir, y no suponen ningún obstáculo para la verdadera existencia del aquí y del ahora. El mundo real es la contrapartida a la alucinación de que el tiempo y la

muerte son reales, y de que tienen una existencia que no puede ser percibida. Esta terrible ilusión fue negada en el mismo lapso de tiempo que Dios tardó en responder a ella para siempre y en toda circunstancia. Y entonces desapareció y dejó de experimentarse como algo que estaba ahí.

En otras palabras, vivimos como si hubiera una vida para ser vivida, sin ser

conscientes de que el pensamiento del pecado que nos inventó, se deshizo

en el instante en que pareció surgir. Las sombras no tienen sustancia, simplemente son la ausencia de luz. De manera similar, el sistema de pensamiento de la culpa del ego es la ausencia del amor que el Hijo cree

que ha desterrado de su mente. Sin sustancia, las voces de las sombras del

ego no tienen ningún efecto sobre nuestra realidad, la cual está más allá de

la ilusión, en la luz de la verdad. Cuando le hayamos dado la bienvenida a

esta luz en nuestras mentes, las sombras desaparecerán, siendo lo que el

Curso llama el mundo real. Esta expresión del principio de Expiación es la

"Respuesta" de Dios a la separación, y cuando es aceptada por la mente, el

sueño se desvanece a medida que la eternidad reclama el Ser que es su

hogar.

(V.13:1) Cada día, y cada minuto de cada día, y en cada instante de cada minuto, no haces sino revivir ese instante en el que la hora del terror ocupó el lugar del amor.

Todas las cosas son fragmentos sombríos del momento original cuando elegimos el terror del ego en lugar del Amor de Dios. Necesitamos reconocer esto cada vez que experimentamos malestar, incomodidad o pérdida de paz, y estamos tentados a culpar a alguien o algo más por lo que

sentimos. Jesús nos ayuda a darnos cuenta que estamos eligiendo en este

instante revivir ese horrible instante ontológico, pero en este mismo instante

nuestras mentes tomadoras de decisiones pueden elegir de nuevo. (V.13:2-4) Y así mueres cada día para vivir otra vez, hasta que cruces la brecha entre el pasado y el presente, la cual en realidad no existe. Esto es lo que es toda vida: la repetición de un instante que hace mucho que desapareció y que no puede ser revivido. Y el tiempo no es otra cosa que la creencia demente de que lo que ya pasó todavía está aquí y ahora.

Esta es una referencia no tan sutil a la reencarnación. Seguimos aprendiendo nuestras lecciones en el aula del cuerpo - eligiendo "vivir", "morir" y "vivir" de nuevo como héroes corporales en los sueños de especialismo del ego - hasta que la mente se dé cuenta de su necesidad de aprendizaje y reconozca la locura de revivir un momento temido que nunca sucedió. El ego nunca estuvo en el aquí y ahora, donde el presente perdonador de Jesús abre la puerta a nuestra verdadera y eterna vida en Dios.

(V.14) Perdona el pasado y olvídate de él, pues ya pasó. Ya no te encuentras en el espacio que hay entre los dos mundos. Has seguido adelante y has llegado hasta el mundo que yace ante las puertas del Cielo. Nada se opone a la Voluntad de Dios ni hay necesidad de que repitas una jornada que hace mucho que concluyó. Mira a tu hermano dulcemente, y contempla el mundo donde la percepción de tu odio ha sido transformada en un mundo de amor.

Nuestro propósito ahora es recorrer nuestra vida diaria, conscientes de que cada vez que hacemos un juicio o sentimos que otra persona es necesaria para nuestra felicidad, "no hacemos sino revivir ese instante en el que la hora del terror ocupó el lugar del amor" (V.13:1). Jesús nos pide que dejemos ir esa locura, elijamos el amor en lugar del odio y aceptemos el mundo real que nos deja en la puerta del Cielo, para ser llevados a través del último paso de Dios, a casa. Para reafirmar el proceso, cuando

preferimos los resentimientos a los milagros, hemos decidido no escuchar el canto de amor y unidad, cuya suave melodía nos recuerda la inherente igualdad de los Hijos de Dios. Reconociendo nuestro error, ya no elegimos entretenernos con los gritos estridentes del ego que hablan de las diferencias exigiendo castigo, sino que permitimos que los oídos de nuestra mente escuchen el himno de perdón, bondad y amor de Jesús: (I.6:3-6) Escucha, pues, el himno que te canta tu hermano, y según dejas que el mundo retroceda, acepta el descanso que su testimonio te ofrece en nombre de la paz. Pero no lo juzgues, pues si lo haces, no oirás el himno de tu liberación ni verás lo que le es dado a él atestiguar a fin de que tú puedas verlo y regocijarte junto con él. No dejes que debido a tu creencia en el pecado su santidad sea sacrificada, pues sacrificas tu inocencia con la suya, y mueres cada vez que ves en él un pecado por el que él merece morir. Ésta no es la primera vez que Jesús nos insta a no juzgar, porque entonces afirmamos que alguien más es culpable y merece el castigo por lo que secretamente creemos que es nuestro pecado. Si de verdad queremos ser inocentes, debemos ver a los demás como inocentes también, porque somos iguales. Si, por otro lado, deseamos convertirlos en pecadores, reforzamos nuestra propia pecaminosidad y negamos la santidad del Hijo de Dios. Al no ser capaces de justificar nuestras percepciones de diferencias, negamos la mentalidad del ego de uno-u-otro, liberándonos para escoger la vida eterna como el inocente Hijo de Dios. Nuestras mentes se aquietan por fin, y escuchamos con agradecimiento el himno de gratitud del Cielo por el regreso de lo que nunca dejó de ser suyo. (I.7:1-2) Sin embargo, puedes renacer en cualquier instante y recibir vida nuevamente. La santidad de tu hermano te da la vida a ti que no puedes morir porque Dios conoce su inocencia, la cual tú no puedes sacrificar, tal como tu luz tampoco puede desaparecer porque él no la vea.

La decisión de "sacrificar" nuestro sistema de pensamiento de sacrificio es la elección por la vida en lugar de la muerte, la cordura en lugar de la locura. Esto libera a nuestras mentes del miedo y renacemos a la luz de la impecabilidad, recordando con gozo que el inocente Hijo de Dios es tan inmortal como su Padre.

(I.7:3-8) Tú que querías hacer de la vida un sacrificio, y que tus ojos y oídos fuesen testigos de la muerte de Dios y de Su santo Hijo, no pienses que tienes el poder para hacer de Ellos lo que Dios no dispuso que fuesen. En el Cielo, el Hijo de Dios no está aprisionado en un cuerpo ni ha sido sacrificado al pecado en soledad. Y tal como él es en el Cielo, así tiene que ser eternamente y en todas partes. Es por siempre él mismo: nacido de nuevo cada instante, inmune al tiempo y mucho más allá del alcance de cualquier sacrificio de vida o de muerte. Pues él no creó ni una ni otra, y sólo una le fue dada por Uno que sabe que Sus dones jamás se puede sacrificar o perder.

El ego hizo que el cuerpo fuera testigo de la separación, lo que significa que Dios ha sido destruido y nuestra vida en Él se ha sacrificado – la unidad dio paso a la separación. En el siguiente párrafo, Jesús habla del cuerpo como una “putrescente prisión” a la que el ego nos ha condenado. Hecho para ocultar el pensamiento de asesinato aprisionador de la mente, el cuerpo no puede ser el templo del Espíritu Santo. Además, los cuerpos fueron hechos para mantener al Hijo de Dios separado y diferenciado, oscureciendo su igualdad intrínseca dentro de la ilusión. Esta unidad de la mente refleja la Mente Uno que compartimos como nuestro Ser. El hecho de que nuestra Identidad no se haya perdido verdaderamente, lleva al ego a hacer que nuestras aparentes diferencias sean significativas y merecedoras de juicio, y,

por lo tanto, a negar Quiénes somos como Cristo. Creemos que el cuerpo representa la vida y la muerte, parte de la ley natural, pero solo en los sueños esto es natural. Solo Dios es el Autor de la vida, y la muerte no tiene lugar en lo eterno.

Volvemos nuevamente al tema de suma importancia de que no hay grados de dificultad en los milagros. Esto nos ayuda a darnos cuenta que todo aquí es una ilusión, independientemente de las múltiples formas que parezca adoptar el error. Tal comprensión nos ayuda a reflejar la justicia del Cielo en la tierra, en la que nadie pierde y todos ganan.

(II.1) Es fácil entender las razones por las que no le pides al Espíritu Santo que resuelva todos tus problemas por ti. Para Él no es más difícil resolver unos que otros. Todos los problemas son iguales para Él, puesto que cada uno se resuelve de la misma manera y con el mismo enfoque. Los aspectos que necesitan solución no cambian, sea cual sea la forma que el problema parezca adoptar. Un problema puede manifestarse de muchas maneras, y lo hará mientras el problema persista. De nada sirve intentar resolverlo de una manera especial. Se presentará una y otra vez hasta que haya sido resuelto definitivamente y ya no vuelva a surgir en ninguna forma. Sólo entonces te habrás librado de él.

No tiene sentido intentar resolver problemas aquí, aunque en un nivel práctico esto es lo que parece que hacemos. Los problemas de conflicto, ansiedad, tensión o malestar – individuales y colectivos – nunca se pueden resolver excepto cuando la mente se vuelve hacia la Expiación y la acepta.

Por eso Jesús nos enseña cómo utilizar nuestras relaciones y situaciones cotidianas como un medio para aprender que nuestros problemas son internos, no externos: el único problema es la culpa, y hasta que se deshaga

mediante el perdón, los problemas en la forma continuarán ocurriendo y permanecerán esencialmente insolubles.

(II.2:1-2) El Espíritu Santo te ofrece la liberación de todos los problemas que crees tener. Para Él, todos ellos son el mismo problema porque cada uno, independientemente de la forma en que parezca manifestarse, exige que alguien pierda y sacrifique algo para que tú puedas ganar.

De nuevo vemos el principio central de sacrificio del ego: tú debes perder para que yo pueda ganar. La corrección del Espíritu Santo es que los dos perdemos si uno de nosotros lo hace, y si yo voy a ganar, tú debes ganar

conmigo. Los separados Hijos de Dios son siempre iguales y nunca diferentes entre sí. En ese feliz hecho todos nuestros los problemas se resuelven, como ahora leemos:

(II.2:3-6) Mas sólo cuando la situación se resuelve de tal manera que nadie pierde desaparece el problema, pues no era más que un error de percepción que ahora ha sido corregido. Para Él no es más difícil llevar un error ante la verdad que otro. Pues sólo hay un error: la idea de que es posible perder y de que alguien puede ganar como resultado de ello.

Si eso fuese cierto, entonces Dios sería injusto, el pecado posible, el ataque estaría justificado y la venganza sería merecida.

Esto explica por qué la pérdida es una parte tan importante de nuestro mundo, la cual recuerda a la pérdida original que resultó de la loca creencia

en el pecado. Como resultado, no podemos vivir en un cuerpo sin pérdidas:

perdemos nuestras habilidades a medida que envejecemos; a nuestros seres

queridos, la riqueza y las posesiones nos son quitados (o por lo menos tememos tal pérdida); e inevitablemente perdemos nuestras vidas a causa de

la ley "natural" de la vida y la muerte. El mundo debe tratarse siempre de la

pérdida porque proviene de la idea de la pérdida, y las ideas no abandonan

su fuente. El pensamiento original del ego es que Dios sufrió la pérdida de

Su Hijo para que nosotros ganáramos. Como cada error se encuentra en el

"brevísimo lapso de tiempo" original cuando elegimos el ego, nuestros juicios en curso en el aquí y ahora recrean ese momento de locura, haciéndolo por siempre presente y por siempre real. Y así en el sistema de

pensamiento del ego tenemos un Dios Que cree en la venganza. De hecho,

en nuestra perversa locura amamos a este Dios Que castiga el mal y recompensa el bien, porque Su especialismo prueba que las diferencias entre Sus Hijos son reales. Después de todo, Él cree en ellos.

(II.3) Para este único error, en cualquiera de sus formas, sólo hay una corrección. Es imposible perder, y creer lo contrario es un error. Tú no tienes problemas, aunque pienses que los tienes. No podrías pensar que

los tienes si los vieses desaparecer uno por uno, independientemente de

la magnitud, de la complejidad, del lugar, del tiempo, o de cualquier otro atributo que percibas que haga que cada uno de ellos parezca diferente del resto. No pienses que las limitaciones que impones sobre todo lo que ves pueden limitar a Dios en modo alguno.

La clave para comprender la justicia de Dios es ir más allá de la forma al

contenido, de los intereses separados a los compartidos, del problema percibido a su corrección. El único problema es la loca creencia de que el

ataque conduce a la felicidad, y que uno la puede ganar a expensas de otro.

Este fue el error ontológico de creer que el Dios viviente y amoroso podría

ser sacrificado para que el dios del especialismo reinase.

Independientemente de las formas que parezcan tomar nuestros problemas,

se reducen a este único error de percepción: que el amor limitado del especialismo puede reemplazar el amor ilimitado del Cielo. Jesús nos pide

que llevemos todos los problemas a este único problema para que se pueda

elegir la corrección de la mente correcta. Cuando seguimos el suave camino de su milagro, desde la ausencia de la mente a la plenitud de la mente, nuestras preocupaciones desaparecen tan fácilmente como la niebla de la mañana en presencia del sol.

(II.4) El milagro de la justicia puede corregir todos los errores. Todo problema es un error. Es una injusticia contra el Hijo de Dios, y, por lo tanto, no es verdad. El Espíritu Santo no evalúa las injusticias como grandes o pequeñas, mayores o menores. Para Él todas están desprovistas de atributos. Son equivocaciones por las que el Hijo de Dios está sufriendo innecesariamente. Y así, Él simplemente le arranca los clavos y las espinas. No se detiene a juzgar si el dolor es grande o pequeño. Él emite un solo juicio: herir al Hijo de Dios sería una injusticia, por lo tanto, no puede ser verdad.

Todos los problemas, independientemente de cómo se vean, reflejan el único error de elegir el ego impulsados por la justicia llena de culpa del castigo en lugar de la justicia todo-inclusiva del Amor de Dios. En este mundo, el error se manifiesta en los fragmentos sombríos de nuestros juicios y ataques, que dictan la justicia del sacrificio: la felicidad se compra

a expensas del dolor de otro. Como tal injusticia hacia el Hijo de Dios solo

pide corrección, a nuestra invitación, el Espíritu Santo quita las herramientas de la crucifixión (espinas y clavos) que hemos colocado en

otros, reemplazándolos con las azucenas del perdón, el regalo amoroso de la

resurrección para todos nosotros.

(II.5) Tú que crees que entregarle al Espíritu Santo tan sólo algunos errores y quedarte con el resto te mantiene a salvo, recuerda esto: la justicia es total. La justicia parcial no existe. Si el Hijo de Dios fuese culpable, estaría condenado y no merecería la misericordia del Dios de la justicia. Por lo tanto, no le pidas a Dios que lo castigue porque tú lo consideres culpable y desees verlo muerto. Dios te ofrece los medios para que puedas ver su inocencia. ¿Sería justo que se le castigase porque tú te niegues a ver lo que se encuentra ante ti? Cada vez que decides resolver un problema por tu cuenta, o consideras que se trata de un problema que no tiene solución, lo has exagerado y privado de toda esperanza de corrección. Y así, niegas que el milagro de la justicia

pueda ser justo.

La salvación es simple, siendo de Dios. Lo que daña y separa no es Su Voluntad y no existe. Sin embargo, mientras el Hijo de Dios duerme, sueña

con la culpa y el castigo, buscando aturdirse aún más al defender la verdad

de sus percepciones alucinatorias, por no mencionar la inmensidad de problemas que desafían la solución o la curación. Sin embargo, en el instante en que desea un sueño en el que no hay sufrimiento o sacrificio,

acepta el milagro de la justicia que abraza a todos y soluciona todos los

problemas. La misericordia reemplaza al ataque mientras las suaves alas del

perdón envuelven la inocencia del Hijo de Dios en paz, al contrario del pensamiento del mundo locamente iracundo.

(II.6:1-4) Si Dios es justo, no puede haber entonces ningún problema que la justicia no pueda resolver. Pero tú crees que algunas injusticias son buenas y justas, así como necesarias para tu propia supervivencia. Éstos son los problemas que consideras demasiado grandes e

irresolubles. Pues hay personas a las que les deseas que pierdan, y no hay nadie a quien desees ver completa-mente a salvo del sacrificio.

Un ejercicio útil sería ver cuán tenazmente nos aferramos a nuestras percepciones erróneas, creyendo que ciertos problemas están más allá de la

solución, lo que refleja la primera ley caótica del ego de que "hay una jerarquía de ilusiones". Consideramos la necesidad de resentimientos, para

preservar nuestra identidad separada dando su pecado y poniéndolo en la

cabeza ahora culpable de otros que sacrificarán su inocencia por nosotros,

siendo castigados por un pecado que creemos que es legítimamente nuestro.

(II.6:5-6) Considera una vez más cuál es tu función especial. Se te ha dado un hermano para que veas en él su perfecta inocencia.

Un hermano es con quien estamos involucrados en una relación especial,

alguien a quien amamos amar o amamos odiar. Esta es nuestra oportunidad

de oro para ver la culpa que proyectamos desde nuestra mente inconsciente,
devolviéndola a su fuente, y eligiendo de nuevo: nuestra función especial de
perdón en lugar del especialismo.

(II.6:7-10) Y no le exigirás ningún sacrificio porque no es tu voluntad que él sufra pérdida alguna. El milagro de justicia que invocas te envolverá tanto a ti como a él. Pues el Espíritu Santo no estará contento

hasta que todo el mundo lo reciba, ya que lo que le das a Él les pertenece a todos, y por el hecho de tú darlo, Él se asegurará de que todos lo reciban por igual.

Nota que tres veces en dos oraciones Jesús dice todos. Nadie puede estar

exento de nuestro perdón y amor; y nadie puede estar exento de nuestro

odio. Si odiamos a uno, odiamos a todos incluyéndonos a nosotros mismos,

a Jesús y a Dios; si de verdad amamos, amamos a toda la Filiación porque

es una, y amamos a su único Creador. Es por eso que el concepto de unidad

es esencial para el plan de estudios. Como vimos al principio, Un Curso de

Milagros no puede enseñarnos acerca de la unidad o el amor, pero puede

enseñarnos cómo para reflejar esa unidad en nuestras relaciones perdonadas.

(II.7:5-7) Lo que una vez pareció ser un problema especial, un error sin solución o una aflicción incurable, ha sido transformado en una bendición universal. El sacrificio ha desaparecido. Y en su lugar se puede recordar el Amor de Dios, el cual desvanecerá con su fulgor toda memoria de sacrificio y de pérdida.

Cuando perdonamos, viendo el verdadero rostro de la inocencia en nuestros

hermanos y liberándolos de la prisión de nuestro pecado proyectado, el recuerdo de Dios alborea en nuestras mentes. Este recuerdo, el pensamiento

de la Expiación, había sido cubierto con el loco sistema de pensamiento de

culpa de la mente errada, que a su vez estaba cubierto con las locas percepciones de separación y pérdida del mundo. Retirar nuestras proyecciones a través del perdón anuncia la destrucción del doble sueño de sacrificio del ego. El próximo capítulo discutirá con mayor profundidad el sueño del mundo y el sueño secreto de la mente, debajo del cual está el Amor que acaba con todo dolor y que es nuestra Fuente.

(II.8:1-3) Es imposible recordar a Dios mientras se tenga miedo de la justicia en lugar de amarla. Él no puede ser injusto con nadie ni con nada porque sabe que todo lo que existe es Suyo y que será siempre tal como Él lo creó. Todo lo que Él ama no puede sino ser impecable e inmune al ataque.

El amor perfecto de Dios está siempre presente a través de Su Espíritu Santo, aunque permanece inaccesible para nosotros hasta que lo elijamos.

Necesitamos aprender que los intereses compartidos son preferibles a los separados, y que la impecabilidad de todos los Hijos de Dios es lo que realmente deseamos, dándole la bienvenida a Su justicia en nuestros corazones, a la cual ya no le tememos.

(II.8:4) Tu función especial abre de par en par la puerta tras la cual el recuerdo de Su Amor permanece perfectamente intacto e inmaculado. Todo el tiempo en que pensamos que habíamos destruido el Amor de Dios,

éste permaneció a salvo en nuestras mentes, sepultado por la creencia en el

pecado, la culpa, el miedo y la muerte. Esta locura se deshace silenciosamente con el perdón, la función especial que es la respuesta del

Espíritu Santo al sistema de pensamiento de especialismo y ataque del ego.

(II.8:5-6) Sólo necesitas desear que se te conceda el Cielo en vez del infierno, y todos los cerrojos y barreras que parecen mantener la puerta herméticamente cerrada se desmoronarán y desaparecerán. Pues no es la Voluntad de tu Padre que tú ofrezcas o recibas menos de lo que Él te dio cuando te creó con perfecto amor.

¡Qué simple! Todo lo que tenemos que hacer es desear el Cielo en lugar del infierno. El problema es que este muy significativo deseo sólo puede ejercerse en la mente donde se produce la elección significativa. Esta es la razón por la que el ego nos mantiene sin mentes, enraizando nuestra atención en el mundo de los cuerpos con sus concomitantes problemas y mágicas soluciones. No solo eso, deseamos el Cielo, aunque tememos a la Voluntad amorosa de nuestro Padre, Quien únicamente conoce la unidad. Creemos que estamos eligiendo el Cielo, pero el especialismo dicta otra versión del infierno. Nuestra temerosa resistencia al amor impide conocer la diferencia entre estos dos reinos mutuamente excluyentes, y el propósito de Jesús es enseñarnos su discernimiento de mentalidad-correcta. (VII.8:5-6) Perdonar es la única función que se puede tener aquí, y su propósito es llevarle la dicha que este mundo niega a cada aspecto del Hijo de Dios allí donde parecía reinar el pecado. Tal vez no comprendas el papel que juega el perdón en el proceso de poner fin a la muerte y a todas las creencias que surgen de las brumas de la culpabilidad. El perdón significa pedirle a Jesús que nos ayude a devolver a nuestra mente los problemas que proyectamos sobre el mundo. Al hacerlo, nuestro único problema de elegir la separación puede curarse. El problema percibido, por lo tanto, no tiene que ser curado en una relación entre dos cuerpos, o en cualquier situación en que nos encontremos. ¿Cómo podría ocurrir eso cuando no hay un cuerpo con quien tener una relación ni ninguna situación externa con la que interactuar – sólo el desplazamiento de la relación de la mente con el ego hacia los cuerpos? El perdón en realidad no hace más que deshacer el deseo de hacer que los demás sean responsables de la infelicidad que fue causada por la decisión de la mente

en favor de la culpa en lugar del amor.

(VII.9:1) El perdón elimina lo que se interpone entre tu hermano y tú. El perdón deshace, al igual que el milagro. No hace nada de forma activa.

En otras palabras, no necesitamos hacer nada con nuestras relaciones especiales, solo mirarlas sin juzgarlas. Al retirar las proyecciones que usamos mágicamente para liberarnos de la culpa, las devolvemos a la mente

donde podemos elegir contra ellas. Así nos liberamos de la auto-impuesta

prisión del odio, y las barreras del pecado son deshechas en nuestras mentes

y en nuestras relaciones.

(VII.9:2-4) El perdón es el deseo de estar unido a él y no separado. Lo llamamos “deseo” porque todavía concibe otras opciones, y aún no ha trascendido enteramente el mundo de las alternativas. Aun así, está en armonía con el estado Celestial y no se opone a la Voluntad de Dios.

Ya estamos unidos, lo que significa que el deseo es realmente aceptar la

igualdad que ya nos une: nuestro interés y propósito compartidos de despertar del sueño del pecado y la culpa. Aunque este reconocimiento

permanece dentro del reino de la ilusión, refleja la Unidad del Cielo, porque

no se opone a la verdad de la amorosa Voluntad de Dios. De hecho, es el

medio para recordar que Su Voluntad es la nuestra.

(VII.9:5-7) Y aunque no llega a darte toda tu herencia, elimina los obstáculos que has interpuesto entre el Cielo donde te encuentras, y el reconocimiento de dónde estás y de lo que eres. Los hechos no cambian.

Sin embargo, se pueden negar y así desconocerse, si bien se conocían antes de que fueran negados.

Negamos el hecho de nuestro ser porque temíamos lo que conocíamos como la verdad. Sin embargo, en nuestras mentes correctas reconocemos la

Expiación, de la que buscamos escindirnos y pretender que no existe.

Colocamos obstáculos para evitar nuestro recuerdo, y eliminar estos obstáculos es nuestra función especial. Esta función del perdón no es el

Cielo, sino que conduce a su santa puerta, después de la cual Dios nos da la bienvenida al hogar que nunca abandonamos y al Ser que siempre hemos sido.

(VII.10:1) La salvación, perfecta e íntegra, sólo pide que desees, aunque sea mínimamente que la verdad sea verdad; que estés dispuesto, aunque no sea del todo, a pasar por alto lo que no existe; y que abrigues un leve anhelo por el Cielo como lo que prefieres a este mundo, donde la muerte y la desolación parecen reinar. Ten en cuenta la repetición de la palabra [(en inglés little, "pequeño"), traducido como: "mínimamente", "aunque no sea del todo" y "leve"]. Jesús

nos asegura que no se nos pide que tengamos una gran voluntad, sino sólo

la suficiente para mirar sin juzgar al sistema de pensamiento del ego sobre

la muerte y desolación que parece gobernar el mundo mientras creemos que

estamos aquí. Solo parece gobernar porque sus pensamientos nunca han

abandonado su fuente en la mente, y están en la mente porque nuestros

tomadores de decisiones los pusieron ahí, no porque sean reales.

Como la

existencia de estos delirios está basada en nuestra voluntad de tenerlos,

como respuesta a la Expiación del Espíritu Santo, pueden ser removidos en

el bendito instante en que nuestro deseo se traslada del infierno al Cielo.

(VII.10:2-6) Y la creación se alzarán dentro de ti en jubilosa respuesta, para reemplazar al mundo que ves por el Cielo, el cual es completamente perfecto e íntegro. ¿Qué es el perdón, sino estar dispuesto a que la verdad sea verdad? ¿Qué puede permanecer enfermo y separado de la Unidad que encierra dentro de Sí todas las cosas? El pecado no existe. Y cualquier milagro es posible en el instante

en que el Hijo de Dios percibe que sus deseos y la Voluntad de Dios son uno.

Perdonar significa aceptar lo que es, rechazando lo que no es. Decir "sí" a

Jesús es mirar el ego y decirle: "Ya no te quiero". Habiendo vuelto a la cordura, aceptamos la verdad de Jesús de que no hay pecado, palabras que

el ego está aterrorizado de escuchar porque significan el fin de su reino de

terror. Nuestra aceptación aclara la mente para recordar que nuestra voluntad y la de Dios son una, porque hemos elegido percibir que nuestra

voluntad y la de nuestros hermanos son una: una necesidad, un propósito,

una meta – un Hijo en la ilusión, un Hijo en la verdad. La creación es liberada para reclamar lo suyo, y el Cielo recibe con alegría nuestro regreso,

al tiempo que el milagro se desvanece en el amor que reflejaba.

(VII.16) El milagro no hace sino invocar tu Nombre ancestral, que reconocerás porque la verdad se encuentra en tu memoria. Y ése es el Nombre que tu hermano invoca para su liberación y para la tuya. El Cielo refulge sobre el Hijo de Dios. No lo niegues, para que así puedas ser tú liberado. El Hijo de Dios renace en cada instante, hasta que elige no volver a morir. En cada deseo de ataque elige la muerte en lugar de lo que la Voluntad de su Padre dispone para él. Mas cada instante le ofrece vida porque su Padre dispone que él viva.

En la Biblia, la muerte es la forma punitiva de la justicia de Dios por el pecado de la creación errónea. Pero Jesús nos dice que nuestro Padre sólo

quiere vida eterna para Su Hijo. La elección es nuestra: la que invoca el nombre de la culpa para traer muerte al Hijo de Dios, o al maestro que nos

recuerda nuestro eterno Nombre. Reconocemos el maestro que hemos elegido por nuestras percepciones de los demás. Si los vemos como condenados, estamos condenados al mismo destino, pero si los liberamos de

la carga de culpa que les hemos impuesto, también somos liberados. La

elección es nuestra: renacer continuamente para morir, o despertar con alegría del ciclo lleno de culpa de nacimiento y muerte, sufrimiento y dolor.

(VII.17:1) La crucifixión se abandona en la redención porque donde no hay dolor ni sufrimiento no hay necesidad de curación.

Esta enseñanza corrige la tentación de pasar por alto al ego, diciendo: “Dado que ya estoy en casa y todo aquí es una ilusión, no necesito prestar

atención al sufrimiento en mí o en los demás”. Esta actitud no logra nada

más que reforzar la decisión de la mente por el dolor, evitando su corrección. La crucifixión se abandona en la redención – necesitamos ponernos en contacto con nuestro dolor para que podamos entender su

fuerza en la mente tomadora de decisiones. Solo entonces podremos elegir

la redención por haber crucificado al Hijo de Dios. Si negamos su crucifixión, negamos su redención, y esta última es imposible de alcanzar,

al menos desde la perspectiva del Curso, sin reconocer nuestro deseo por la

primera. El odio se puede superar solo cuando miramos el sufrimiento que

causa, lo que nos motiva a elegir la curación en lugar del dolor.

(VII.17:2-3) El perdón es la respuesta a cualquier clase de ataque. De esta manera, se cancelan los efectos del ataque, y se responde al odio en

nombre del amor.

No negamos que el ataque existe en el mundo; simplemente negamos la

interpretación que el ego le da. Esto nos permite no tomar personalmente

las acciones de los demás, demostrando que el pecado de otro no tuvo ningún efecto en nuestra paz. De esta manera el odio se ve privado de sus

efectos (nuestro dolor), por lo cual (el pecado) al no tener efectos, no es una

causa y no puede existir. Así es como Jesús enseña que nuestros pecados

son perdonados, lo que permite que las mentes separadas puedan volver al

Amor que es nuestra Causa.

(VII.17:4-6) Gloria eterna a ti que se te ha encomendado salvar al Hijo de Dios de la crucifixión, del infierno y de la muerte. Pues tienes el poder de salvar al Hijo de Dios porque su Padre así lo dispuso. Y en tus manos yace la salvación, para ser ofrecida y recibida como una.

El Hijo de Dios es a la vez crucificador y salvador, y el regalo que elige dar

a otro – espinas o azucenas – lo elige para sí mismo. Nuestro perdón refleja

el Amor del Padre por Su Hijo, ¿y sacrificaremos este regalo por las escasas

migajas de especialismo del ego que no ofrecen nada más que dolor, pérdida y muerte? La salvación solo pide que aceptemos su regalo y lo compartamos con el mundo, ya que así, la mente del Hijo de Dios es sanada

como una.

(VII.18) Usar el poder que Dios te ha dado como Él quiere que se use es

algo natural. No es arrogancia ser como Él te creó ni hacer uso de lo que te dio como respuesta a todos los errores de Su Hijo para así liberarlo. Pero sí es arrogancia despreciar el poder que Él te dio y elegir un nimio e insensato deseo en vez de lo que Su Voluntad dispone.

El don que Dios te ha dado es ilimitado. No hay circunstancia en la que no se pueda usar como respuesta ni problema que no se resuelva dentro

de su misericordiosa luz.

Vuelve el tema de la humildad y la arrogancia, cuando Jesús nos pide que

miremos la arrogancia del ego en creer que su poder es mayor que el de

Dios. Pero incluso si Dios no tiene poder en el sueño, donde el ego es todopoderoso, Su Voluntad es la fuente del cambio de percepción que sana

al mundo y a todos los problemas con ella. Esto no es como el mundo lo

vería, sino como el ojo de la mente lo percibe con humildad a través de la

visión de Cristo que ve a todos los problemas como meros epifenómenos de una elección equivocada, los cuales son fácilmente corregidos cuando la mente se alinea con la única Voluntad de Dios.

(VII.19) Mora en paz, donde Dios quiere que estés. Y sé el instrumento por el que tu hermano puede hallar la paz en la que tus deseos se ven colmados. Unámonos para derramar bendiciones sobre el mundo del pecado y de la muerte. Pues lo que puede salvar a cualquiera de nosotros puede salvarnos a todos. No hay diferencias entre los Hijos de Dios. La unidad que el especialismo niega, los salvará a todos, pues en lo que es uno no hay cabida para el especialismo. Y todo les pertenece a

todos por igual. Ningún deseo puede interponerse entre un hermano y lo que es semejante a él. Arrebatarse algo a uno de ellos es desposeerlos

a todos. Mas bendecir a uno de ellos, es bendecirlos a todos cual uno solo.

El ego nunca quiere que comprendamos la ausencia de diferencias entre

nosotros. El Hijo de Dios es uno, y el mundo es un loco intento de dar testimonio de una realidad de diferencias y especialismo que no es así.

"Ningún deseo puede interponerse entre un hermano y lo que es semejante a

él" – los vanos deseos de especialismo no tienen efecto en la Voluntad de

Dios donde Su Hijo es uno con Él, así como también está unido dentro de

Sí Mismo en una Unicidad unida cual Una sola. Si nosotros creemos que

tenemos necesi-dades que solo otros pueden satisfacer, no solo los privamos

a ellos y a nosotros mismos del Amor de Dios, sino a la Filiación en su conjunto, incluido Jesús. El Hijo de Dios es uno – en su mente errada, en su

mente correcta y en la Mente Uno. Este entendimiento es la base sobre la

cual nos unimos en la bendición y en el suave resplandor de esta visión curativa, en la cual el mundo del pecado y la muerte se desvanece en la

nada.

(VII.20) Tu Nombre ancestral es el nombre de todos ellos, tal como el de ellos es el tuyo. Invoca el nombre de tu hermano y Dios te contestará, pues es a Él a Quien invocas. ¿Podría Él negarse a contestar

cuando ya ha contestado a todos los que lo invocan? Un milagro no puede cambiar nada en absoluto. Pero puede hacer que lo que siempre ha sido verdad sea reconocido por aquellos que lo desconocen; y mediante este pequeño regalo de verdad se le permite a lo que siempre

ha sido verdad ser lo que es, al Hijo de Dios ser él mismo y a toda la creación ser libre para invocar el Nombre de Dios cual una sola.

El milagro, una vez más, no hace nada, porque ¿cómo podría cambiar algo

en otra cosa que es semejante a sí misma? Los milagros simplemente nos

permiten recordar la verdad que siempre fue, devolviendo nuestra atención

al tomador de decisiones de la mente, el punto de elección cuando en nuestra locura elegimos la ilusión. Ahora estamos cuerdos, y ahora corregimos nuestro error dejando que el Nombre de Dios sea la Unidad inmutable que es, sin excluir a nadie mientras abrazamos a la Filiación como una. Incidentalmente, la oración anterior, 20:2, es paralela casi palabra por palabra a la del folleto de Psicoterapia: “Si oyes la petición de

ayuda de un hermano, respóndele. Será a Dios a quien respondes, porque

Lo invocaste” (P-2.V.8:4-5).

El mundo real.

Veamos ahora brevemente el mundo real. Este es el estado mental que llega

cuando ya no vemos el pecado como real, dándonos cuenta de que los sueños de separación y especialismo no se han interpuesto entre los Hijos

que Dios creó uno con Él.

(III.2) Existe una zona fronteriza en el pensamiento que se encuentra entre este mundo y el Cielo. No es un lugar, y cuando llegas a ella, te das cuenta de que está fuera de los confines del tiempo. Ahí es adonde se llevan todos los pensamientos, donde se reconcilian los valores

conflictivos y donde todas las ilusiones se depositan ante la verdad y se

juzgan como falsas. Esta zona fronteriza está justo más allá de las puertas del Cielo. Ahí todo pensamiento se vuelve puro y totalmente simple. Ahí se niega el pecado y en su lugar se recibe todo lo que simplemente es.

Jesús está describiendo la parte de nuestro viaje a la que en otro lugar se

refiere como el juicio final o último (T-2.VIII; L-pII.10; y ver más abajo III.4:1-3): donde el sistema de pensamiento del ego del pecado, la culpa y el

miedo es una ilusión (el cuadro de la mente errada del gráfico), y lo que

habíamos elegido en contra, la Expiación del Espíritu Santo, es la verdad (el

cuadro de la mente correcta). La aceptación de la Expiación, nuestra única

responsabilidad, significa alcanzar el mundo real, el estado mental que es

"el lugar que el pecado dejó vacante" (T-26.IV) en el que dar y recibir son

lo mismo, porque el amor que tenemos es el amor que somos. Ten en cuenta

que Jesús vuelve a los aspectos más básicos del Curso para que comprendamos acerca de la zona fronteriza, la tierra santa que está justo

antes de la puerta del Cielo, más allá de la cual Cristo nos espera con Sus

creaciones que completan nuestro Ser.

(III.3) Éste es el final de la jornada. Nos hemos referido a ese lugar como el mundo real. Sin embargo, hay una contradicción en esto, en el sentido de que las palabras implican la idea de una realidad limitada, una verdad parcial, un segmento del universo hecho realidad. Esto se debe a que el conocimiento no ataca a la percepción. Ambos se llevan sencillamente el uno ante el otro, y sólo uno de ellos continúa más allá de la puerta donde se encuentra la Unicidad. La salvación es una zona fronteriza donde los conceptos de lugar y tiempo, así como el de elegir tienen aún significado, si bien se puede ver que son temporales, que están fuera de lugar y que toda elección ya se ha llevado a cabo.

El mundo real es un oxímoron, ya que el mundo no es real. Jesús usa el

término porque este estado sanado de la mente refleja la realidad del Cielo.

Al no ser el Cielo, no puede ser verdad; pero como su reflejo, el mundo real

simboliza la verdad de la unidad perfecta, el penúltimo paso hacia el despertar del sueño de separación. En esta tierra santa de salvación reconocemos la naturaleza ilusoria del sueño del ego y permanecemos fuera

de él, escuchando el llamado del Cielo a sí mismo. Responder el llamado

anuncia la elección final donde desaparecemos en la unidad de la voluntad

que es nuestra realidad. La percepción ha cedido suavemente el paso al

conocimiento, e incluso la salvación se convierte en un recuerdo borroso en

presencia de la verdad.

(III.4:1-3) Ninguna creencia que el Hijo de Dios albergue puede ser destruida. Pero lo que es verdad para él tiene que llevarse ante la última comparación que él jamás tendrá que hacer: la última posible evaluación, el juicio final sobre este mundo. Se trata del juicio de la verdad con respecto a la ilusión, y el del conocimiento con respecto a la

percepción: “No tiene ningún significado y no existe”.

Este juicio final ocurre cuando llevamos todas las ilusiones a la verdad. Verlas a través de los ojos de Jesús nos ayuda a ver que todo excepto el

perdón es una defensa contra nuestra realidad. Ya que es solo la verdad la

que queremos, las defensas del especialismo no sirven para nada y se desvanecen. Este juicio por la verdad en lugar de la ilusión es el último paso

de la salvación, no dejando que nada interfiera con nuestra entrada al Corazón de Dios para descansar eternamente en Su Amor.

(III.4:4-6) Esto no es algo que tú decidas. Es la simple declaración de un simple hecho. Pero en este mundo no hay hechos simples porque todavía no está claro lo que es lo mismo y lo que es diferente.

Aquí nuevamente está el tema de nuestro no conocer la diferencia entre el

Cielo y el infierno, entre la alegría y el dolor, entre la libertad y el

aprisionamiento. La simplicidad de su diferencia se ve oscurecida por las densas "nubes de complejidad" (L-pl.39.1:4) con las que el especialismo del ego cubre nuestras mentes, oscureciendo la simple declaración del simple hecho de la Expiación: "Dios es, y nunca hubo ni podría haber nada más".

(III.4:7-10) Esta distinción es lo único que se debe tener en cuenta a la hora de tomar cualquier decisión. Pues en ella radica la diferencia entre los dos mundos. En este mundo elegir se vuelve imposible. En el mundo real, se simplifica.

En nuestro mundo, la elección parece real, posible y necesaria. En el mundo

real, nuestra mirada a las ilusiones revela su nada, simplificando la elección

al reconocer que no hay nada entre lo que elegir. Esto deshace el error original cuando el Hijo juzgó entre el ego y el Espíritu Santo, eligiendo la

ilusión del ego como su verdad. El terror, entonces, tomó el lugar del amor,

una decisión que ahora felizmente se revierte en este, el juicio final que

presagia el regreso del amor.

Llegamos ahora a una de las dos secciones mencionadas al comienzo del

capítulo, "El lugar que el pecado dejó vacante". Esta hermosa sección describe los maravillosos efectos cuando liberamos nuestra creencia en el

pecado, la culminación del proceso de perdón que marca el comienzo del

mundo real.

(IV.1:1-5) En este mundo el perdón es el equivalente de lo que en el Cielo es la justicia. El perdón transforma el mundo del pecado en un mundo simple, en el que se puede ver el reflejo de la justicia que emana

desde más allá de la puerta tras la cual reside lo que carece de todo límite. No hay nada en el amor ilimitado que pudiese necesitar perdón. Y lo que en el mundo es caridad, más allá de la puerta del Cielo pasa a ser simple justicia. Nadie perdona a menos que haya creído en el

pecado y aún crea que hay mucho por lo que él mismo necesita ser perdonado.

Este es un curso para todos los que creen que están aquí y piensan que el mundo les ofrece algo que quieren. Debido a que creen en el pecado, necesitan un maestro y una práctica espiritual que les ayude a ver sus creencias para que puedan elegir de nuevo. Aunque el perdón sigue siendo

ilusorio, perdonar lo que nunca sucedió, es una ilusión que refleja la justicia

Celestial de la perfecta Unidad. Una actitud de simple caridad (una palabra

utilizada anteriormente en el texto para el perdón), donde no vemos los

intereses de los demás como separados de los nuestros, ayuda a abrir la

puerta del Cielo a medida que sentimos cada vez más el reflejo del amor, lo

que nos permite infundirlo en nuestra vida cotidiana. La oscuridad de la

separación es borrada gradualmente por la justicia de la luz sanadora, llamándonos al hogar que nunca abandonamos, donde todavía permanecemos como el verdadero Hijo de Dios.

(IV.1:6-8) El perdón se vuelve de esta manera el medio por el que se aprende que no ha hecho nada que necesite perdón. El perdón siempre descansa en el que lo concede, hasta que reconoce que ya no lo necesita

más. De este modo, se le reinstaura a su verdadera función de crear, que su perdón le ofrece nuevamente.

El perdón no tiene nada que ver con los demás porque descansa en quién lo

ofrece, siendo el proceso de curación de nuestras mentes al retirar las proyecciones de culpa que le habíamos puesto a otro. Reconociendo que la

culpa es un error, no la realidad, nos damos cuenta de que no hay nada que

proyectar; ni nada que perdonar, por dentro o por fuera. Nuestra función

especial en la tierra ha sido completada, y nuestra función en el Cielo de la

creación se nos devuelve con alegría.

(IV.2) El perdón convierte el mundo del pecado en un mundo de gloria, maravilloso de ver. Cada flor brilla en la luz, y en el canto de todos los pájaros se ve reflejado el júbilo del Cielo. No hay tristeza ni divisiones, pues todo se ha perdonado completamente. Y los que han sido perdonados no pueden sino unirse, pues nada se interpone entre ellos para mantenerlos separados y aparte. Los que son incapaces de pecar no pueden sino percibir su unidad, pues no hay nada que se interponga

entre ellos para alejar a unos de otros. Se funden en el espacio que el pecado dejó vacante, en jubiloso reconocimiento de que lo que es parte

de ellos no se ha mantenido aparte y separado.

Jesús no está hablando de nada en el mundo. Las flores y los pájaros son

símbolos que reflejan la paz, el gozo y la belleza de la mente cuando dejamos de creer en el pecado. Cómo, entonces, no sentir alegría, sabiendo

que estábamos equivocados – el uno u otro del ego era una mentira, y el

juntos, o no en absoluto del Espíritu Santo era la verdad. En el espacio que

el pecado dejó vacante, estamos juntos – los fragmentos aparentemente

separados de la Filiación – como una sola mente: perdonados y curados al

fin.

(IV.3) El santo lugar en el que te encuentras no es más que el espacio que el pecado dejó vacante. En su lugar ves alzarse ahora la faz de Cristo. ¿Quién podría contemplar la faz de Cristo y no recordar a su Padre tal como Éste realmente es? ¿Y quién que temiese al amor, podría pisar la tierra en la que el pecado ha dejado un sitio para que se erija un altar al Cielo que se eleve muy por encima del mundo hasta llegar más allá del universo y tocar el Corazón de toda la creación?

¿Qué es el Cielo, sino un himno de gratitud, de amor y de alabanza que todo lo creado le canta a la Fuente de su creación? El más santo de los altares se erige donde una vez se creyó que reinaba el pecado. Y a él vienen todas las luces del Cielo, para ser reavivadas y para incrementar

su gozo. Pues en este altar se les restituye lo que habían perdido y

recobran todo su fulgor.

Este altar santo es nuestra mente tomadora de decisiones, la cual se libera

de los pensamientos de pecado a medida que la visión de la faz de Cristo

limpia nuestra percepción y solo vemos expresiones de amor o su petición.

El Hijo de Dios es sanado y el agradecido amor del Cielo se extiende gozosamente a través de la Filiación. Alborea el recuerdo del Padre desde

dentro de Su Corazón hasta el corazón de Su Hijo, y el resplandor del Cielo

se extiende incluso hasta el mundo real, el santo lugar que el pecado dejó

vacante.

(IV.4) Los milagros que el perdón deposita ante las puertas del Cielo no son insignificantes. Aquí el Hijo de Dios Mismo viene a recibir cada uno de los regalos que lo acerca más a su hogar. Ni uno solo de ellos se

pierde, y a ninguno se le atribuye más valor que a otro. Cada uno de esos regalos le recuerda el amor de su Padre en igual medida que el resto. Y cada uno le enseña que lo que él temía, es lo que más ama.

¿Qué otra cosa, salvo un milagro, podría hacerle cambiar de mentalidad de modo que comprenda que el amor no puede ser temido?

¿Qué otro milagro puede haber aparte de éste? ¿Y qué otra cosa se podría necesitar para que el espacio entre vosotros desaparezca?

El libro de ejercicios nos pide que demos los "pequeños pasos" del perdón

(L-pl.193.13:7), y estos constituyen las oportunidades diarias para cambiar

nuestras percepciones del juicio a la visión, del especialismo al amor. A la

mente a la que le temíamos, al haber escuchado las mentiras del ego sobre

el pecado, la culpa y el castigo, ahora la abrazamos, porque recordamos que

contiene la corrección de nuestra decisión equivocada. A medida que crecemos para amar a los socios especiales que habíamos odiado como

proyecciones de la locura de nuestra mente, vemos en ellos la imagen externa de la belleza naciente de la mente correcta. El milagro ha devuelto

la cordura a las mentes "de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido" (T-13.in.2:2), y el espacio que el pecado dejó vacante se llena

con la gentil bendición del perdón del Cielo, acompañándonos al Amor que

nos creó como a Sí Mismo.

(IV.5) Donde antes se percibía el pecado se alzarán un mundo que se convertirá en el altar de la verdad, y allí tú te unirás a las luces del Cielo y entonarás con ellas su himno de gratitud y alabanza. Y tal como ellas vienen a ti para completarse a sí mismas, así tú te dirigirás a ellas con el mismo propósito. Pues no hay nadie que pueda oír el himno del Cielo sin añadir el poder de su voz a él, haciéndolo así aún más dulce.

Y

todos se unirán al himno ante el altar que fue erigido en el pequeño espacio que el pecado proclamaba que era suyo. Y lo que entonces era minúsculo se habrá expandido hasta convertirse en un himno excelso en el que todo el universo se habrá unido con una sola voz.

Desde el espacio que el pecado dejó vacante surge el mundo real, y sus

dulces sonidos se hacen eco del canto de agradecimiento que el Hijo le canta al Padre, Quien a Su vez le devuelve el canto a Su Hijo (S-in.1).

Su

melodía llama de manera convincente a cada fragmento a regresar a casa, y

¿quién, excepto los locos, podría resistir durante mucho tiempo esta invitación? ¿Cómo podrían los locos mantener su locura cuando Jesús los

llama gentilmente a elegir de nuevo? Cuando elegirán de nuevo, es su elección, pero "el desenlace final es tan inevitable como Dios"

(T2.III.3:10).

(IV.6) Esa pequeña mácula de pecado que aún se interpone entre vosotros está demorando el feliz momento en el que las puertas del Cielo se abrirán. ¡Cuán pequeño es el obstáculo que te impide disponer de la riqueza del Cielo! ¡Y cuán grande será el gozo en el Cielo cuando te unas al imponente coro en alabanza al Amor de Dios!

Jesús nos habla sobre nuestro gozo y paz cuando finalmente elegimos en

contra del pensamiento de pecado. Nosotros todavía resistimos ese paso,
pero nuestro pequeño obstáculo no puede resistir el poder del Amor de Dios
que nos llama incesantemente a volver a él. Con el tiempo, la promesa de
alegría vencerá el dolor de la resistencia y nos uniremos al poderoso coro de
la Filiación reunida, agradeciendo a su Fuente y a su Ser.

Conclusión.

La hermosa visión del final de la jornada se expresa en la siguiente sección,

"Pues Ellos han Llegado". En el Preludio de nuestra sinfonía, hablé de lo importante que es el escuchar en la música, en la maravillosa frase de Isaac

Stern, el silencio entre las notas. Más que en cualquier otro lugar de Un Curso de Milagros, esta sección evoca el silencio que no solo se produce

entre las notas (o palabras), sino que se extiende mucho más allá de ellas.

Hay un aura alrededor de "Pues Ellos han Llegado" que trasciende la palabra

escrita. Amor, santo, odio, luz y ancestral se utilizan a lo largo del Curso,

pero aquí tienen un tono diferente, pidiendo prestado un término musical.

La palabra ancestral es particularmente importante, porque nos devuelve a

un estado que trasciende el mundo, el ancestral momento en el que elegimos el odio en lugar del amor, pero que ahora felizmente elegimos de

nuevo. Finalmente, la belleza de esta sección se ve reforzada por su verso

blanco [versión en inglés], siendo la poesía el marco perfecto para abrazar

la imagen interior: la fórmula del Curso de ver el rostro de Cristo en nuestro

hermano y recordar a Dios.

(IX.1) ¡Cuán santo debes ser tú, que desde ti la Voz de Dios llama amorosamente a tu hermano para que puedas despertar en él la Voz

que contesta tu llamada! ¡Y cuán santo debe ser tu hermano cuando en él reside tu propia salvación, junto con su libertad! Por mucho que lo quieras condenar, Dios, mora en él. Pero mientras ataques Su hogar elegido y luches con Su huésped, no podrás saber que Dios mora igualmente en ti. Mira a tu hermano con dulzura. Contempla amorosamente a aquel que lleva a Cristo dentro de sí, para que puedas ver su gloria y regocijarte de que el Cielo no esté separado de ti. La sección comienza con una súplica para que la relación santa reemplace a las nuestras de amor y odio especial. ¿Cómo podríamos despertar del sueño sin llevar a nuestros hermanos con nosotros? ¿Y nosotros, en nuestras mentes correctas, elegiríamos no hacerlo? El llamado de la santidad a la santidad es mucho mayor que la atracción del pecado, porque es el llamado a nuestro ser a ceder a la poderosa y duradera atracción del amor por el amor (T-12.VIII), volviendo al Cielo que nunca abandonamos excepto en sueños que ahora se desvanecen serenamente en la nada. (IX.2) ¿Sería mucho pedir que tuvieses un poco de confianza en aquel que te trae a Cristo para que todos tus pecados te sean perdonados, sin excluir a ni uno solo que todavía quisieras valorar? No olvides que una sola sombra que se interponga entre tu hermano y tú nubla la faz de Cristo y el recuerdo de Dios. ¿E intercambiarías Éstos por un odio inmemorial? El suelo que pisas es tierra santa por razón de Aquellos que, al estar ahí contigo, la han bendecido con Su inocencia y con Su paz. Perdonamos a nuestro hermano por el bien del Hijo de Dios, en quien todos hacemos nuestro hogar. Al reconocer la inocencia de Cristo en el otro, recordamos a Dios, porque Su recuerdo se encuentra más allá de los velos de culpa y ataque que buscaban profanar la impecable mente del Santísimo Hijo de Dios. Su Presencia, Cristo y Dios, ha re-establecido nuestra

santidad porque el pecado no puede morar en el santo lugar a donde Ellos han llegado.

(IX.3) La sangre del odio desaparece permitiendo así que la hierba vuelva a crecer con fresco verdor, y que la blancura de todas las flores resplandezca bajo el cálido sol del verano. Lo que antes era un lugar de

muerte ha pasado a ser ahora un templo viviente en un mundo de luz. Y todo por Ellos. Es Su Presencia la que ha elevado nuevamente la santidad para que ocupe su lugar ancestral en un trono ancestral. Y debido a Ellos los milagros han brotado en forma de hierba y flores sobre el terreno yermo que el odio había calcinado y dejado estéril. Lo que el odio engendró Ellos lo han des-hecho. Y ahora te encuentras en tierra tan santa que el Cielo se inclina para unirse a ella y hacerla semejante a él. La sombra de un viejo odio ya no existe, y toda desolación y aridez ha desaparecido para siempre de la tierra a la que Ellos han venido.

¡Cuán fácilmente se retira el odio cuando el recuerdo de Dios y de Cristo ha

regresado! Y cuando Ellos llegan a su casa, ¿podrían el amor y la inocencia

estar muy lejos? ¿Y quién de nosotros podría desear permanecer en la impiedad del pecado cuando el templo viviente nos llama? Su luz ha iluminado el paisaje de nuestras mentes y la fulminante oscuridad de la

culpa ha sido desterrada para siempre de la tierra santa en la que nosotros

estamos, junto con Ellos – el santo lugar que el pecado dejó vacante y al

que Su impecabilidad ha llegado.

(IX.4) ¡Qué son cien años para Ellos, o mil, o cientos de miles! Cuando Ellos llegan, el propósito del tiempo se consuma. Lo que nunca tuvo lugar desaparece en la nada cuando Ellos llegan. Lo que el odio reivindicaba se entrega ahora al amor, y la libertad ilumina toda cosa viviente y la eleva hasta el Cielo, donde las luces se encienden con mayor fulgor a medida que cada una vuelve al hogar. Lo incompleto se vuelve completo de nuevo, y el gozo del Cielo aumenta porque lo que era suyo le ha sido restituido. La tierra ha quedado limpia de toda mancha de sangre, y los dementes se han desprendido de sus vestimentas de demencia para unirse a Ellos en el lugar donde tú te

encuentras.

El sueño del tiempo ha terminado ahora, porque su origen en el pecado se ha deshecho. Nuestra mente limpia tiene sólo el gozo de la compleción, porque Dios y Cristo han llegado a reclamar lo Suyo. Como una sola voz, nuestra alegre canción se eleva en gratitud porque la locura del odio ya no tiene un lugar dentro de la santa mente que Dios creó como Su Hijo. La nada sigue siendo nada, y vemos el resplandor del Hijo de Dios tal como fue creado y como ha sido por toda la eternidad.

(IX.5) El Cielo se siente agradecido por este regalo que por tanto tiempo le había sido negado. Pues Ellos han venido a congregarse a los Suyos. Lo que se había clausurado se abre; lo que se mantenía oculto de la luz se le entrega a ésta para que pueda iluminarlo sin dejar ningún espacio o distancia entre la luz del Cielo y el mundo.

La clausurada puerta de la mente se ha abierto suavemente con el perdón, y el canto de acción de gracias del Cielo resuena en todo el mundo, anunciando el fin de los tiempos y el alborear de la luz de Cristo. La eternidad llega a brillar sobre sí misma, porque lo que es uno ha permanecido como lo que siempre fue – una Unicidad unida cual Una sola.

(IX.6) El más santo de todos los lugares de la tierra es aquel donde un viejo odio se ha convertido en un amor presente. Y Ellos acuden sin demora al templo viviente, donde se les ha preparado un hogar. No hay

un lugar en el Cielo que sea más santo. Y Ellos han venido a morar en el tiempo que se les ha ofrecido para que sea Su lugar de reposo, así como el tuyo. Lo que el odio le ha entregado al amor, se convierte en la

luz más brillante de todo el resplandor del Cielo. Y el fulgor de todas las luces Celestiales cobra mayor intensidad, como muestra de gratitud

por lo que se les ha restituido.

¿Qué puede ser más santo que el perdón?, ya que, ¿qué más podría llevarnos a nuestro hogar en la Santidad Misma, el templo del Dios viviente? Dios y Cristo han regresado a nuestras torturadas mentes,

restauradas por fin a la verdad de la luz de un amor ancestral que brillaba suavemente más allá de un odio ancestral, dejando sólo la tierra santa que el perdón ha bendecido por un instante, incluso antes de que desaparezca en el resplandor eterno de Amor del Cielo.

(IX.7) Los ángeles revolotean amorosamente a tu alrededor, a fin de mantener alejado de ti todo sombrío pensamiento de pecado y asegurarse que la luz permanezca allí donde ha entrado. Las huellas de tus pasos iluminan al mundo, pues por donde tú caminas, el perdón te acompaña jubilosa-mente. No hay nadie en la tierra que deje de dar gracias a aquel que ha restaurado su hogar, protegién-dolo así del crudo invierno y del gélido frío. ¿Y cómo podrían el Señor de los Cielos y Su Hijo dar menos como muestra de agradecimiento cuando han recibido mucho más?

La Presencia de Su inocencia asegura que las fantasías del pecado no puedan volver a aparecer. Nuestra vista está sanada por la visión del santo rostro de Cristo, y cuando vemos hacia la verdad del Hijo del Cielo, ¿podrían Dios y Cristo estar muy lejos? Su recuerdo alborea en nuestras mentes recién despiertas, y el camino a casa está adornado con las doradas huellas del perdón mientras somos guiados con gratitud a Su hogar, el cual también es el nuestro.

(IX.8) Ahora el templo del Dios viviente ha sido reconstruido de nuevo para ser el anfitrión de Aquel que lo creó. Donde Él mora, Su Hijo mora con Él y nunca están separados. Y dan gracias de que finalmente se les haya dado la bienvenida. Donde antes se alzaba una cruz, se alza

ahora el Cristo resucitado, y en Su visión las viejas cicatrices desaparecen. Un milagro inmemorial ha venido a bendecir y a reemplazar una vieja enemistad, cuyo fin era la destrucción. Con dulce gratitud Dios el Padre y el Hijo regresan a lo que es Suyo, y a lo que siempre lo será. Ahora se ha consumado el propósito del Espíritu Santo. Pues Ellos han llegado. ¡Por fin han llegado!

Este movimiento inspirado de nuestra sinfonía termina con un tributo

rapsódico a la verdad que estamos aceptando. Ellos han llegado porque vamos a Ellos. La cruz en la que clavamos al Hijo de Dios en silencio se desvanece en las brumas del odio que desaparecen, y su lugar lo ocupa el templo resucitado en nuestros corazones. La gratitud del Cielo resuena en todo el mundo mientras las ancestrales cicatrices se curan en presencia del milagro de nuestro regreso. Nuestras voces claman alegremente a Dios al unísono: "¡Llegamos, Padre nuestro, llegamos! Y con nosotros todos Tus Hijos, porque somos uno - Contigo, en Ti, como Tú. ¡Hemos vuelto a casa! ¡Por fin hemos vuelto a casa!"

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.